



LA DEMOCRACIA ANTE LA MORAL DEL PORVENIR.

LAS NUEVAS TEORÍAS ACERCA DEL DERECHO NATURAL.

(Conclusion.) *

III.

Nadie se extrañará de que el espiritualismo haga sus reservas, y de las más graves, acerca de los principios y las aplicaciones de esta nueva moral social; pero deberá admirarse, si en ello se reflexiona, de la acogida favorable, por no decir entusiasta, que esta ha encontrado en Francia y aún en la Europa, en el partido de la democracia avanzada. Parécenos que hay aquí un error curioso de aclarar; sino es que hay más aún, una idea preconcebida, de la que es interesante buscar las causas.

La democracia radical (y de ello sería fácil dar la prueba desenvuelta) es por esencia racionalista; lo es en sus orígenes, en su historia y en sus principios. Es una aplicación de la razón pura; parte de lo absoluto y vuelve á él, y descansa sobre él *a priori* de ciertas ideas que no provienen de la experiencia, de ciertos axiomas de que en vano negaría el carácter y el origen. Verdaderamente, es la hija de Rousseau, ha nacido con el *Contrato social*. Todavía hoy la vemos aceptar sin discusión los términos en que Juan Jacobo ha planteado el problema: «hallar una forma de asociación que defienda y proteja de toda la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado y por la que cada uno, uniéndose á todos, no obedezca, sin embargo, más que á sí mismo y quede tan libre como ántes.» Si hay un problema de geometría social, seguramente es éste. Con Rousseau, establece esa escuela que la soberanía reside en la voluntad general y que las leyes no son otra cosa que los actos auténticos de esta voluntad. Con él, asienta en principio dicha escuela, que la voluntad de todo un pueblo es infalible, que no puede delegarse ni transmitirse parte de ella, ni someterse á otra soberanía. Con él, cree en la equivalencia de todos los ciudadanos, con derecho igual de participar de la expresión de la voluntad general. Con él, cree, en fin, en la bondad virginal del hombre, que no puede querer más que el bien común, salvos los casos en que la razón se

halle extraviada por preocupaciones ó errores que es preciso combatir á todo trance y á todo precio desarraigar de la república.—¿No es este el mismo programa, exceptuando el estilo, que se encuentra en lo que no hace mucho proclamaba uno de los jefes de la democracia avanzada, á saber: «realización y seguridad mutuas de la libertad y de la igualdad por la participación igual de todos en el poder, por la participación casi constante de la voluntad nacional..., menoscabo del poder ejecutivo, mandatario respetuoso y modesto, ante el poder legislativo, único soberano..., separación de cuanto tienda á tener en jaque la voluntad nacional, á paralizarla de cerca ó de lejos por la creación de fuerzas antagonistas?» ¿Es otra cosa este programa que la traducción del *Contrato social* en el lenguaje de las controversias contemporáneas? Vese, pues, que desde Juan Jacobo no ha innovado nada esta escuela, que no hace más que repetir la lección del maestro.

Nadie con más autoridad y fuerza que Edgar Quinet, que no es un testimonio sospechoso, nadie mejor que él ha definido el carácter *a priori* de la revolución francesa, que continúa siendo como el gran ejemplo, la gran escuela de la democracia radical. Este carácter aparece claramente desde 1789. «El pueblo, nos dice aquel escritor, no circunscribía entonces la revolución á una cuestión puramente material; seguía no un interés inmediato, sino una especie de *religion de la justicia*... tenía entonces más *lucres interiores* que *nociones adquiridas*..., y se sentía, al nacer, igual á las clases superiores en todo lo que interesa al hombre.»—¿Qué hay de más contrario á los métodos positivos que el pretender detener bruscamente el curso de la historia en un momento dado, torcer su camino á viva fuerza en un sentido opuesto á su secular inclinación? Esto es, no obstante, lo que aquí trata de hacer la revolución, que ha intentado destruirlo todo y reemplazarlo todo al mismo tiempo. Este fué su error: esta su gloria, según otros. «La revolución ha querido perfeccionar al hombre de un solo golpe, en un momento.»—¿Qué hay, en fin, más conforme con el *a priori* que la declaración de los derechos del hombre, del hombre universal, idéntico á sí mismo, en todas las latitudes, en todas las razas, en todos los grados de la civilización? Todo esto es, una vez más, del racionalismo puro, á la manera de Rousseau. Quinet lo establece terminantemente para la convención, que procede por intuición y por de-

* Véase el número anterior, pág. 255.

duccion geométrica y que es la expresion más completa de una metafísica intolerante, á la manera del *Contrato social*: «Voltaire había gobernado al siglo XVIII, Montesquieu reinó en la Constituyente, Rousseau en la Legislativa y la Convencion... Rousseau es el Esdras de la revolucion francesa; él trae del desierto el *Libro de la ley*. A medida que la revolucion se desenvuelve, parece una encarnacion de Juan Jacobo (1).» ¿Se quiere otro testimonio? Entre muchos, citaré á M. Henri Martin, resumiendo su juicio acerca de la obra de la revolucion: «Nada hay comparable en la historia del género humano. Hasta entónces habíase visto perecer la mayoría de las sociedades, ó de muerte violenta ó de desfallecimiento, cuando su organismo se disolvía; se había visto algunas trasformar progresivamente sus órganos; pero nunca se había visto una nacion emprender la obra de reconstituirse *a priori á nombre del derecho absoluto y de la razon pura...* La revolucion renueva en el orden social la obra realizada por Descartes en la filosofía... ha querido suprimir el tiempo y la tradicion.» Constituir «el hombre perfecto en la sociedad perfeccionada,» he aquí lo que Rousseau y la Convencion han intentado sucesivamente, el primero en una sola página, la segunda en un solo decreto. ¿Qué hay más contrario que esto á los métodos científicos, que excluyen todo método que no sea el de la experiencia, todo factor que no sea el tiempo, toda idea que no sean las ideas positivas derivadas de la biología y que han creado esa palabra evolucion precisamente para oponerla por su carácter y por sus efectos, á las revoluciones que ellas niegan absolutamente en la historia de la tierra y del hombre y de las que denuncian, en el orden político y social, las improvisaciones superficiales y la estéril violencia?

¿De dónde nace el singular afecto de la democracia contemporánea por esas nuevas teorías? ¿En qué y por cuáles lados ésta se aproxima á los métodos y á las doctrinas positivistas, que preconiza con una especie de inconciencia, que no es uno de los menores signos de la ligereza con que en nuestros tiempos se dan y se transmiten en los partidos las órdenes? A algunos de los jefes de la escuela democrática ha parecido conveniente prestar su adhesion á esas nuevas doctrinas, y todo el partido se ha apresurado á hacer su profesion de fe, que ahora es una fórmula recibida en el lenguaje corriente de la tribuna y de la prensa. La joven democracia se proclama asimismo en todas las ocasiones «positiva y científica;» es decir, que excluye todo *a priori* de la doctrina que le sirve de base, no reconoce por método más que el de las ciencias naturales, y no admite por leyes más que las comprobadas en este

orden de hechos. Ó esta fórmula significa esto, ó no significa nada. No quiero saber si en el pensamiento de los que he puesto delante no hay una declaracion de guerra á la metafísica y á las religiones positivas, alguna táctica secreta, una oferta de alianza al partido numeroso y potente de las ciencias positivistas, que se le adula y se le busca como uno de los poderes del dia. Yo tomo esa denominacion tal como se la emplea diariamente, y me admiro de que haya podido hacer fortuna y de que haya podido ilusionar á nadie, y, sobre todo, á los que tan hábilmente la han puesto en moda, que parecen muy discretos para, á este respecto, engañarse á sí mismos.

¿No han desconocido nada, esos jefes del nuevo partido democrático, de las empresas, de los métodos y de las doctrinas de la revolucion francesa? Lo que ellos llaman á cada instante en sus programas y en sus discursos «las grandes reivindicaciones políticas y sociales de la revolucion,» ¿no supone desde luego una justicia absoluta que frecuentemente interpretan á su capricho, pero que no deja de ser el pretexto de esas reivindicaciones? Y esto, ¿no es proceder de una manera completamente intuitiva y racional, por ningun concepto experimental, más bien que plantear en principio la existencia indiscutible de esta justicia? ¿Hacen más las escuelas metafísicas con sus afirmaciones de las verdades trascendentes? Afirmer esa justicia independiente de toda experiencia, superior á todo convenio humano, anterior á todo pacto social, ¿qué es, pues; sino hacer metafísica? ¿De dónde viene esta justicia y qué títulos produce ante el tribunal de las ciencias positivas? Hé aquí lo que en buen método experimental no dejarían de preguntar M. Darwin y M. Spencer á sus inexperados auxiliares. ¿La justicia? Sabemos lo que es para ellos: fuera de los prejuicios y del dogmatismo, representa el grado más alto del instinto de la sociabilidad; es la expresion de una multitud de sensaciones, de imágenes, de ideas nacidas sucesivamente de diversas circunstancias, aglomeradas y como soldadas entre sí por la fuerza del hábito y por la accion del tiempo en el cerebro. ¿Reconocemos aquí esta justicia absoluta en que las reivindicaciones están tan presentes y son tan imperiosas, y á cuyo nombre se destruyen los tronos y se conmueven las naciones? «Los atributos del hombre no son *constant*es.» No puede, pues, haber ahí más que una justicia relativa á los diversos grados de la civilizacion, apropiada á las diversas fases de la educacion de la humanidad; pues si la democracia radical representa algo de tangible y puro, es precisamente el principio de un derecho absoluto, á cuyo nombre se presenta como la emancipadora universal.

La igualdad de derecho es otra quimera, nos di-

(1) M. Ed. Quinet, *La Revolucion*.

cen asimismo M. Darwin y M. Spencer y todos los escritores de esa escuela que se ocupan de los fenómenos sociales. Con esta quimera es con la que se conduce á los pueblos á la más peligrosa embriaguez y á veces á la locura. La naturaleza, á la que es siempre preciso consultar, establece la proporcionalidad, que no la igualdad del derecho. No tiene cada cual de derecho más que la parte que merezca por sus fuerzas ó por sus facultades, que son otro género de fuerzas, no siendo ni una usurpacion ni una ficcion lo que ha establecido las desigualdades sociales, por lo que es absurdo quererlas destruir, y todo llamamiento á una nivelacion brutal es un crimen contra las leyes naturales. La soberanía del número es la más baja y la más miserable de las soberanías. Las clases escogidas, elaboradas por la seleccion, son las que verdaderamente parecen indicadas para la única soberanía digna de un Estado civilizado: ellas son las iniciadoras del progreso y las verdaderas guías de la humanidad.— Hay aquí un germen que ya se muestra muy claramente y que crecerá, no hay que dudarlo, con esas doctrinas; el germen de un despotismo de nueva clase, el despotismo científico, único ministro y único mandatario del progreso, designado y consagrado de antemano por la naturaleza, que deberá penetrar y aplicar las leyes. No insisto en esto por temor de exponerme á inevitables repeticiones; pero con razon se pregunta cómo la democracia, tan celosa de la libertad, puede acomodarse al carácter esencialmente autoritario de esas doctrinas; cómo los principios de igualdad que tan alto proclama en el mundo, se conforman con la ley de seleccion que restablece las desigualdades sociales en todo su rigor, y cómo la condicion absoluta del progreso se aviene con la sancion de una inexorable fatalidad!

Sobre todos los puntos hay antipatía de temperamento como de doctrina. Si se quiere de ello una prueba bastante patente, léase el admirable capítulo del libro de M. Spencer, intitulado *Preparacion á la ciencia social por la psicología*, y se encontrará en él la más sangrienta ironía á la sutileza de la ilusion democrática que consiste en depositar una confianza absoluta en la difusion de la instruccion y en los efectos morales que ésta debe inmediatamente producir. Hé aquí, nos dice, uno de los errores de induccion en que con más frecuencia se cae. Se leen en los diarios comparaciones entre el número de los criminales que saben leer y escribir y el de los criminales ignorantes; y viendo que el número de éstos excede mucho al de aquéllos, se admite la conclusion de que la ignorancia es la causa del crimen; no ocurriéndose á esas personas preguntarse si otras estadísticas, formadas segun el mismo sistema, no probarían de un modo tan conclu-

yente que el crimen es causado por la falta de lavado y ropa limpia, ó por el mal aire y la mala ventilacion de las habitaciones, ó por falta de dormitorios separados. Si bajo estos puntos de vista se examinase la cuestion de la criminalidad, llegaríamos á ver que existe una relacion real entre el crimen y un género de vida inferior; que este género de vida es ordinariamente la consecuencia de una *inferioridad originaria de naturaleza*, y, en fin, que la ignorancia sólo es una circunstancia concomitante que no es más que las demas causas del crimen. Y, continuando su irónica demostracion, añade monsieur Spencer: La confianza en los efectos moralizadores de la cultura intelectual, que los hechos contradicen categóricamente, es, en suma, absurda *a priori*. ¿Qué relacion puede haber entre aprender que ciertos grupos de signos representan determinadas palabras, y adquirir un sentimiento más elevado del deber? ¿Cómo la facilidad de formar de corrido signos que representen los sonidos podrá fortificar la voluntad de obrar bien? ¿De qué manera el conocimiento de la tabla de multiplicacion ó la práctica de las divisiones, pueden desenvolver los sentimientos de simpatía hasta el punto de reprimir la tendencia de perjudicar al prójimo? ¿Cómo los dictados de ortografía y el análisis gramatical pueden desarrollar el sentimiento de la justicia, ó las acumulaciones de noticias geográficas acrecentar el respeto por la verdad? No hay más relaciones entre esas causas y esos efectos que las que existen con la gimnástica que ejercita las manos y fortifica las piernas. *La fe en los libros de clase y en la lectura es una de las supersticiones de nuestra época*.— Nosotros no discutimos, sino que exponemos; pero si tales son las lecciones de la ciencia positiva, tenemos curiosidad de saber si «la democracia científica» las acepta.

¿Aceptará tambien estas lecciones que el severo pensador da á los revolucionarios? Como es preciso, nos dice éste, para que la vida social siga su curso, que lo viejo subsista hasta que lo nuevo esté dispuesto, un convenio perpetuo acompaña indispensablemente á un desenvolvimiento normal. Comprendemos la necesidad de ese convenio observando que tiene lugar igualmente durante toda la evolucion de un organismo individual. Se inferiría tanto daño á una sociedad destruyendo sus viejas instituciones ántes que las nuevas estén lo bastante bien organizadas para ocupar su puesto, como se haría á un anfibio amputándole sus branquias ántes de que sus pulmones estuviesen bien desarrollados. La negacion de esta verdad es el rasgo característico de los reformadores políticos y sociales de nuestro tiempo. La ciencia social, fundada sobre las leyes naturales, es, pues, á la vez radical y conservadora;—radical, más allá de todo lo que concibe el ra-

dicalismo actual; conservadora, más que cuanto entienden los conservadores del presente; radical, porque se halla convencida de que el porvenir lejano tiene reservadas formas de vida social superiores á todo lo que hemos imaginado; conservadora, por el conocimiento que tiene de la necesidad de las diversas formas transitorias que la evolucion ha impuesto á las sociedades, del absurdo que resultaría juzgándolas con nuestros pensamientos y nuestros sentimientos modernos; conservadora, en fin, por el menoscabo que siente por las violencias y por su convicción razonada de que las modificaciones bruscas en un estado social nunca producirían un efecto ni saludable ni duradero.

Resumiendo todo lo dicho en una palabra, no veo más que oposiciones entre la escuela de la evolucion y la de la revolucion. La democracia pretende en vano ligarse á esas nuevas teorías. Ha conservado su carácter racionalista, su método geométrico de axiomas y de deducciones, y continúa siendo lo que la han hecho Rousseau, su abuelo, y sus padres de la Convencion: radical, no sólo para el porvenir, sino también para el momento presente, lógica á todo trance, sin matices, sin temperamento sin ningun instinto de los compromisos con el pasado ni de las necesidades de transición, corriendo á través de los obstáculos hácia su único fin: la realización á toda costa del modelo ideal que ha concebido *a priori* para el hombre y la sociedad. ¿Qué hay aquí de comun con la teoría positiva que niega todo lo que afirman esos demócratas; lo absoluto del derecho, lo absoluto de la igualdad, lo absoluto de la libertad y la necesidad de rehacer inmediatamente al hombre sobre el tipo de esos tres absolutos?

Pero dejemos á la «democracia científica» arreglar sus cuentas con las nuevas teorías, pues es bajo otro punto de vista como debemos indicar nuestras reservas respecto de la filosofía social que se nos pretende imponer.

Lo que primeramente sorprende al espíritu en esta tentativa sistemática para aplicar las leyes de la historia natural á las relaciones y á los fenómenos sociales, es el sacrificio del derecho individual ante el derecho social, que no es otra cosa que el interés específico. Nunca se ha hecho, en ninguna otra escuela, tan poco caso, ni se ha tenido ménos en cuenta la persona humana. En esto, lo sabemos, la moral de la evolucion imita á la naturaleza, que sólo parece tener solicitud por la especie, si semejante expresion puede aplicarse á su obra inconsciente. En efecto, parece completamente indiferente á la ciega fuerza creadora que, en el desenvolvimiento exuberante de la vida, perezcan millares de gérmenes ó individuos, con tal de que algunos, más dichosos, transmitan, á través de las edades, el tipo

de esas oscuras multitudes, presas sacrificadas á la muerte: eso sólo le parece que vale la pena de ser preservado. Lo restante pertenece á los vientos, á los rios, á todas las fatalidades del exterior, al exterminio incesante y mutuo, á todos los azares de la gran arena sangrienta que se continúa desde las cimas de los Alpes hasta las profundidades del Océano. Familiarizados por la ciencia con semejantes espectáculos, con esos juegos gigantescos de la vida y de la muerte, en los que el individuo nada es y sólo la especie tiene su valor, no es maravilla que esos nuevos moralistas traigan á las teorías sociales los hábitos de su espíritu. Ellos imitan la naturaleza, é imitándola, piensan estar en la verdad; en la verdad biológica, sea, pero no en la verdad social, que se llama la justicia, y que es aquí una de las oposiciones manifiestas que estallan entre la historia natural y la moral, entre el reino animal y el reino humano. Para ellos, el bien general, la utilidad de la especie es la única regla, la sola que se concibe fuera de las quimeras de la metafísica ó de las religiones. La moralidad consiste en comprender ese principio y conformarse con él.—Para nosotros, mejor dicho, para los hombres de toda escuela, de todo partido, de toda raza (aparte de los sistemas), hay una garantía inviolable de la persona humana, que se llama derecho, y este derecho es sagrado porque no es un convenio humano lo que la establece, y porque otro convenio no lo puede arrebatarse.

¿Dónde se halla, en esta moral que se funda en la historia natural, la garantía del individuo? En ninguna parte la vemos, pues que tiene por principio negar el origen superior de la idea de justicia, destruir tanto como lo está en ella el carácter augusto y sagrado, y no hay en ella más derecho natural que el derecho correspondiente á las leyes implacables de la biología. Sin temblar por las consecuencias que inteligencias tan esclarecidas como MM. Darwin y Spencer pudieran sacar de semejantes principios, es lícito asustarse de las aplicaciones que pueden hacer inteligencias más vulgares y más lógicas. Si la utilidad social constituye la justicia, no encontrará más que en un principio distinto y superior á ella su regla y su medida. Lo que aparece como útil á un grupo dado, se declara por esto mismo justo, y desde entónces la mayor suma de bienestar general está siempre en el caso de reclamar el sacrificio del bienestar particular. Véase lo que puede contener de horrores para el porvenir ó de justificaciones para los crímenes del pasado una proposición tan sencilla como esta: «si el interés general exige el sacrificio de algunos individuos ó de uno solo, no titubeeis.» Todo se reduce, pues, á una operación bien sencilla de aritmética: el bienestar de ese individuo es al de una nacion como una unidad

es á 36 millones de unidades. La aritmética social le condena.—Protestad contra semejantes consecuencias, en buen hora; nosotros os libertaremos de buen grado; pero convenid con nosotros en que la utilidad social no prescribe contra el derecho de uno solo; y si esto es verdad, lo es, pues, aparentemente que hay un principio superior y de justicia contra el que nada prevalece, ni aún las exigencias momentáneas de la especie. El individuo tiene el derecho de inmolar su derecho en bien de todos, en cuyo caso es un héroe ó un santo, segun las circunstancias; pero ni la especie, ni la nacion, ni la tribu pueden imponerle aquel sacrificio sin sublevar nuestras conciencias, y si por la fuerza se lo imponen, el individuo se convierte en un mártir, en el mártir de su derecho, ó, mejor dicho, del derecho humano inmolado en su persona. Recordemos estas bellas palabras de Mad. Staël, con las que, á poco que se las cambiase, tendríamos una refutacion directa de la moral de la evolucion: «Se dice: la salud del pueblo es la suprema ley. No, la suprema ley es la justicia. Cuando se hubiese probado que se servia á los intereses de un pueblo mediante una injusticia, el que la cometiese sería igualmente vil ó criminal, pues la integridad del derecho importa más que los intereses del pueblo... La especie humana pide á grandes voces que todo se sacrifique á su interes...; y es preciso decirle que su bienestar mismo, del que todos se sirven como pretexto, sólo es sagrado en su relacion con la justicia, porque *sin ésta ¿qué importarían todos á cada uno?* Desde el momento en que se ha dicho que es preciso sacrificar el derecho al interes nacional, se está de dia en dia más cerca de hacer más estrecho el sentido de la palabra nacion y de hacerla consistir para cada cual primero en sus partidarios, despues en sus amigos, luégo en su familia, lo que no es más que un término decoroso para designarse á sí mismo.»

De esta misma fuente, del menosprecio del derecho individual, es de donde procede la señalada antipatia de esos nuevos moralistas contra todas las obras de la filantropía y de la caridad, que, segun ellos, dificultan la obra bienhechora de la naturaleza. ¿Qué hay más saludable y más claro en los resultados, se nos dice, que ese admirable trabajo de eleccion y de eliminacion que se opera en todas las especies vivientes, y que del mismo modo se operaría en la especie humana para su mayor bien, si no se llegara á cada instante á suspender su accion saludable y á turbar la fatalidad reguladora? Admítase que de una vez para siempre se renuncia á «esas medidas inconsideradas que tienen por objeto la conservacion artificial de los miembros más débiles,» y la sociedad, viviendo bajo las mismas leyes que las otras especies, se purificará continuamente á sí misma. Los más fuertes sobrevivirán solos en

la concurrencia vital, y serán gérmen de fuentes, mientras que los otros desaparecerán y llevarán consigo á la nada, de la que nunca debieron haber salido, su triste posteridad, que al presente nos colman hoy de enfermedades de todas clases, imperfecciones físicas y mentales, miserias, cretinismo y crímenes. Dejad morir todo lo que pertenece á la muerte; no ayudeis á vivir á ese triste residuo de la humanidad, y sobre todo, impedid por cuantos medios sea posible esas uniones deplorablemente fecundas, que forman un contraste tan extraño con la esterilidad relativa de las clases superiores, y que por la prodigalidad de la vida sembrada al azar, y la negligencia de los que la siembran, amenaza á la sociedad con una verdadera decadencia. No olvidéis que hay entre vosotros multitud de seres que sólo tienen de hombre la figura y el nombre, y que una «inferioridad original de naturaleza» condena á desaparecer; si vais en su auxilio, vereis prepararse contra vosotros y descender una nueva invasion de bárbaros; pero bárbaros indígenas que vosotros mismos habreis conducido, salvando la inútil existencia de sus padres.

Hé aquí lo que se nos dice en pleno siglo XIX, en este siglo y en esta sociedad cuya gloria más pura ha sido sin duda un admirable espíritu de caridad para los unos, de solidaridad para los otros, que hace y que ha hecho siempre milagros. No quiero echar un anatema comun y sin restriccion sobre todas las partes de esa requisitoria. Darwin merece ser escuchado cuando pregunta por qué «legisladores ignorantes cierran obstinadamente su espíritu á los principios de la reproduccion y á las leyes de la herencia, y rechazan con desden un plan destinado á comprobar si los matrimonios consanguíneos son ó no perjudiciales á la especie» (1). M. Maudsley merece tambien ser escuchado, como testigo considerable en una grave cuestion, cuando reclama, en nombre de los mismos principios, que en defecto de la prudencia personal ó de la opinion, sea la ley la que impida ciertas uniones, condenadas de antemano á no producir más que idiotas ó locos; pero es muy otra cosa, en verdad, lo que exige M. Spencer y que M. Darwin parece indicar en ciertos pasajes de su libro. Esa es una exclusion en masa del derecho al matrimonio, pronunciada por una legislacion racionalista contra «todos los débiles de cuerpo, todos los pobres de espíritu, los indiferentes, los que parecen destinados por estado á una *abjecta pobreza*, y que nos amenazan con un número siempre creciente de imbeciles, de perezosos y de criminales.» ¡Gran Dios! ¿dónde se detendrá la enumeracion? Y ante cate-

(1) Las investigaciones recientes de M. Darwin, hijo, han dado un resultado negativo.

gorías tan numerosas, ¿quién no ve que es la utopía sola la que las forma, y sólo un abominable despotismo quien podrá satisfacerlas? Los moralistas de la evolución tienen constantemente fija ante la vista una idea, la de la selección; y cuando no es la selección natural, es la artificial, la de los ganaderos, de los dueños de yeguas, de los agricultores y de los jardineros que, entorpeciendo y favoreciendo ciertas alianzas, evitando las circunstancias contrarias y escogiendo las condiciones favorables, concluyen por producir las más bellas variedades de cereales, de flores ó de ganado. ¿Es, pues, este el modelo supremo de la civilización científica? ¿No tiene acaso la humanidad otros fines que el mejoramiento de su bienestar, de sus formas y de sus tipos? En tal concepto, el ideal del progreso será una yegua humana. ¿Es esto lo que se quiere? ¿Qué concepción tan estrecha del fin de la vida y de la sociedad! Este fin es realmente el desenvolvimiento estético y moral del hombre, pues si seguramente el desarrollo físico no perjudica á aquél, interviene sólo como auxiliar, como medio. ¿No existen para el hombre otros fines que para las otras especies vivientes, y para alcanzarlos, para realizarlos le es absolutamente necesario obtener por la selección metódica una raza calcada sobre el Apolo de Belvedere? Sería, sin duda, una bella cosa en el orden natural que una población sana y vigorosa reprodujese sin alteración un tipo escogido y del que determinados precedentes hubieran excluido todas las fealdades, las deformidades y las flaquezas que de ordinario desfiguran á nuestra pobre especie; pero tened cuidado: entre esos seres innumerables que excluir del derecho de vivir ó de perpetuarse á causa de su debilidad de cuerpo ó de alguna debilidad de los órganos, puede ser que hayais rechazado, negándole una inteligencia superior, un alma de escogido, algún genio que solo podría haber dado á su patria y á su siglo más brillo que todos esos bellos productos obtenidos con tanto trabajo y cuidado por la aplicación reflexiva «de los principios de la reproducción y de las leyes de la herencia.» Y ¿quién sabe si en una sociedad constituida según las reglas de esta ciencia, Pascal, el endebles y enfermizo Pascal, habría obtenido el derecho á la existencia y al genio?

¿Puede estar la verdad social en semejantes teorías, que chocan tan justamente con los hábitos de nuestra inteligencia, mejor dicho, con nuestras conciencias? ¿Será, pues, verdad que la caridad sea un agravio contra las leyes derivadas de la naturaleza? La caridad, en efecto, va precisamente á lo opuesto de la selección, en cuanto que tiene por fin ayudar á los débiles, hacerles vivir á despecho de la naturaleza que los condena á morir, y arrancarlos á la concurrencia vital que los destruye. Y es porque ve

en esos cuerpos débiles y dolientes otra cosa que un organismo impropio para la vida, y descubre en ellos una inteligencia capaz de concebir lo necesario y lo infinito, una sensibilidad capaz de las afectaciones más ideales, y una voluntad que por nobles esfuerzos puede elevarse hasta el heroísmo. Todo esto es lo que la caridad busca con admirable solicitud á través de los sufrimientos y de las deformidades de esos pobres cuerpos; las semillas de almas bellas es lo que recoge piadosamente y se esfuerza por cultivar; y cuando lo ha logrado, ha hecho más y mejor que la ciencia de la evolución, que sólo sabe seguir á la naturaleza é imitarla. La caridad es como el arte: no imita á la naturaleza, sino que la transforma; como el escultor que toma una piedra y la sella con la efigie de su pensamiento, la caridad coge á la humanidad paciente, y la cincela, si puede decirse así, la transfigura imprimiéndola una gracia superior, en un principio la que saca de sí misma, y después la que consigue sacar de todas esas inteligencias que se marchitarían sin ella, de todos esos corazones que, no sintiéndose amados, no amarían.

Hé aquí algunas de las razones por que los moralistas de la evolución, á pesar de sus títulos incontestables á la atención de los sabios, podrían equivocarse creyendo que el porvenir les pertenece. La humanidad no quiere de ellos, y rechaza una teoría que sacrifica al individuo negando la realidad del derecho, y abandona la persona sin garantías á las exigencias de la especie. Se siente herida en su nobleza nativa y en la dignidad de sus aspiraciones cuando se ve subordinada á las leyes biológicas que no atienden más que al mejoramiento del bienestar y del tipo. En fin, ella tiene horror á una filosofía que suprime sistemáticamente esas virtudes sublimes, ese bello ornato de la vida, la abnegación y la caridad, y que reduce todo el arte social al perfeccionamiento del animal humano.

E. CARO,
de la Academia francesa.

(*Revue de Deux mondes.*)

AGRICULTURA MODERNA.

ANÁLISIS DE LAS PLANTAS.

Las plantas están compuestas de materia orgánica y de materia mineral. De los elementos que forman la materia orgánica, nos hemos ocupado solamente del ázoe, toda vez que el carbono, el oxígeno y el hidrógeno lo suministran los orígenes naturales.

Al examinar las diferentes opiniones de los químicos y fisiólogos sobre la asimilación del ázoe, hemos dicho que Liebig deduce de una manera tan evidente que no

deja lugar á duda, que las plantas toman el ázoe del amoniaco y del ácido nítrico que en cantidad suficiente se encuentra en el aire y en el agua de lluvia.

Liebig, al hacer esta afirmacion, supone que se devuelven al suelo en forma de estiércol todos los restos de vegetales en cada cosecha, y con éstos, el ázoe que han extraído del suelo: el ázoe que asimila el grano, lo suministran con exceso los orígenes naturales. De modo que en este caso la restitucion de este elemento es completa.

En efecto, este sabio ha demostrado en un gran número de plantas, que la cantidad de ázoe que asimila el grano es siempre menor que la contenida en el amoniaco y ácido nítrico que existen, ya en el aire, ya en el suelo arrastrado por las aguas de lluvia; así, pues, para la restitucion total de todos los elementos orgánicos é inorgánicos que la planta necesita para su alimentacion, basta únicamente agregar, además del estiércol, los elementos minerales del grano.

Pero este procedimiento que seria el más racional, no se practica ni en España, ni en ningun país de Europa: los labradores no aprovechan, segun ya hemos consignado repetidas veces, todos los restos de vegetales. En muchas de nuestras provincias se dejan descansar las tierras para que los agentes naturales vayan convirtiendo los principios nutritivos que el suelo contiene en estado de poder ser asimilados por las plantas.

Este sistema de cultivar los campos, ya lo hemos dicho, es el más perjudicial para los intereses mismos del labrador; es el que conduce al esquilmo de las tierras y á la ruina de la Agricultura.

En el caso de que el labrador no emplee el estiércol para abonar sus tierras, la ciencia y la experiencia le aconsejan para que el suelo conserve indefinidamente su fertilidad, agregar: 1.º, el amoniaco que contiene la paja, 2.º los principios minerales de la misma, y 3.º los principios minerales del grano. El ázoe del grano lo suministran gratuitamente los orígenes naturales.

Para que el labrador pueda conocer los principios que debe agregar en cada cultivo, hemos hecho el análisis de la parte mineral del grano y la paja (1), que, como sabemos, las constituyen las cenizas. Igualmente hemos determinado el ázoe que contiene la paja.

Las cenizas de todos los vegetales están formadas en general de los mismos principios, aunque en proporcion variable. Así, mientras que en las de los cereales se encuentran grandes cantidades de ácido fosfórico, en las de las leguminosas, patata, almendros, etc., el principio dominante es la potasa.

En una misma planta, segun ya hemos manifestado, varía la proporcion de principios nutritivos que asimila

(1) Entendemos aquí por paja los restos de vegetal, como raíz, tallo, hojas, etc., que no se aprovechan para alimento del hombre ni para usos industriales.

con la naturaleza del suelo y del abono, segun nos lo demuestra el análisis.

El análisis de las cenizas que á continuacion insertamos, ha sido hecho de plantas que han sido cultivadas empleando el abono mineral, el guano, el estiércol y demas abonos orgánicos. La relacion entre la calidad del grano ó fruto, y de los principios fijos en él contenidos, puede darnos alguna luz sobre las causas probables que puedan influir en su mejor ó peor calidad.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DE TRIGO.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	25,60	25,36
Sosa.....	0,45	2,42
Cal.....	5,80	4,50
Magnesia.....	17,25	14,10
Oxido de hierro.....	2,86	3,80
Acido fosfórico.....	43,14	42,54
Idem sulfúrico.....	1,18	1,14
Idem silícico.....	2,22	4,60
Pérdidas (1).....	1,50	1,54
	100,00	100,00
Cenizas del grano....	2,84	2,25 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA SECA DEL TRIGO.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	14,40	12,50
Sosa.....	0,22	1,12
Cal.....	3,04	3,04
Magnesia.....	15,16	10,06
Acido fosfórico.....	7,24	6,18
Idem sulfúrico.....	2,50	3,45
Idem silícico.....	55,41	61,32
Hierro y pérdidas....	2,03	2,33
	100,00	100,00
Azoe.....	1,54	1,50 por 100.
Cenizas de la paja....	6,20	5,90 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DE CEBADA.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	20,15	15,65
Sosa.....	1,54	5,14
Cal.....	5,24	6,32
Magnesia.....	8,16	5,32
Acido fosfórico.....	38,90	35,42
Idem sulfúrico.....	1,50	1,94
Idem silícico.....	22,76	28,37
Oxido de hierro, cloro y pérdidas.....	1,75	1,84
	100,00	100,00
Cenizas del grano....	2,30	2,14 por 100.

(1) El cloro, alúmina, óxido de manganeso y algunos otros cuerpos que accidentalmente se encuentran en algunas plantas, no han sido dados y están incluidos en las pérdidas.



COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA SECA DE LA CEBADA.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	10,84	4,50
Sosa.....	1,15	6,96
Magnesia.....	7,45	4,56
Cal.....	5,12	14,86
Acido sulfúrico.....	2,24	2,36
Idem fosfórico.....	17,26	15,20
Idem silícico.....	52,69	50,22
Oxido de hierro, cloro y perdidas.....	3,25	1,34
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,28	4,46 por 100.
Azoe.....	4,25	1,21 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DE LA AVENA.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	25,20	12,50
Sosa.....	2,30	6,64
Cal.....	4,50	5,82
Magnesia.....	7,75	7,42
Oxido de hierro.....	0,40	
Acido fosfórico.....	14,00	12,28
Idem sulfúrico.....	1,00	2,40
Idem silícico.....	44,25	50,15
Pérdidas.....	0,60	2,79
	100,00	100,00
Cenizas.....	2,50	2,28 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE AVENA.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	10,65	7,15
Sosa.....	8,84	11,21
Cal.....	8,15	9,25
Magnesia.....	4,24	6,32
Oxido de hierro.....	1,00	1,00
Acido fosfórico.....	9,15	7,32
Idem sulfúrico.....	2,48	2,76
Idem silícico.....	54,12	53,46
Pérdidas.....	1,37	1,53
	100,00	100,00
Cenizas.....	6,57	6,48 por 100.
Azoe.....	1,14	1,12 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DE CENTENO.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	30,12	24,70
Sosa.....	3,10	12,10
Cal.....	5,15	2,24
Magnesia.....	10,65	6,15
Acido fosfórico.....	45,13	40,68
Idem sulfúrico.....	1,24	3,56
Idem silícico.....	1,14	7,07
Oxido de hierro y pérdidas.....	3,47	3,50
	100,00	100,00
Cenizas.....	4,75	4,57 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE CENTENO.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	14,50	10,24
Sosa.....	3,25	7,50
Cal.....	9,00	8,75
Magnesia.....	2,50	2,25
Acido fosfórico.....	4,00	3,95
Idem sulfúrico.....	0,50	2,45
Idem silícico.....	63,75	62,26
Oxido de hierro y pérdidas.....	2,50	2,60
	100,00	100,00
Cenizas.....	6,84	6,75 por 100.
Azoe.....	1,14	1,16 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DEL MAÍZ.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	24,18	21,06
Sosa.....	2,64	15,04
Cal.....	3,50	3,84
Magnesia.....	17,40	12,25
Oxido de hierro.....	2,64	1,80
Acido fosfórico.....	46,84	42,24
Idem sulfúrico.....	1,04	1,86
Idem silícico.....	1,24	1,24
Pérdidas.....	0,52	0,67
	100,00	100,00
Cenizas.....	1,28	1,90 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DEL MAÍZ.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	12,66	10,24
Sosa.....	5,16	7,18
Cal.....	3,14	5,24
Magnesia.....	2,15	2,74
Oxido de hierro.....	1,60	1,64
Acido fosfórico.....	12,26	10,16
Idem sulfúrico.....	1,86	1,20
Idem silícico.....	59,72	59,78
Pérdidas.....	1,45	1,82
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,24	4,98 por 100.
Azoe.....	1,25	1,24 —

Experiencias del arroz cultivado en este año último.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO CON LA CÁSCARA.

	ABONO MINERAL.		GUANO.	
	Alcira.	Sueca.	Alcira.	Sueca.
Potasa.....	20,80	20,00	10,70	10,66
Sosa.....	2,48	2,28	12,24	13,04
Cal.....	7,54	7,28	8,20	10,10
Magnesia.....	10,14	11,12	8,48	7,32
Oxido de hierro..	7,08	8,24	8,00	7,12
Acido fosfórico...	30,84	30,10	30,75	30,26
Idem sulfúrico...	4,42	5,02	4,84	5,12
Idem silícico.....	16,10	15,66	16,06	16,03
Pérdidas.....	0,60	0,30	0,73	0,35
TOTALFS...	100,00	100,00	100,00	100,00
Cenizas del grano con la cáscara...	5,10	5,20	4,48	4,54

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA.

	Abono mineral.	Guano.
Potasa.....	5,00	1,50
Sosa.....	2,48	2,24
Cal.....	2,34	3,60
Magnesia.....	6,14	6,48
Oxido de hierro.....	3,08	4,00
Acido fosfórico.....	5,84	4,75
Idem sulfúrico.....	1,42	4,84
Idem silícico.....	73,10	72,06
Hierro y pérdidas....	0,60	0,53
	100,00	100,00
Azoe.....	0,25	0,26 por 100.
Cenizas.....	12,22	11,28

La composicion de las cenizas del grano de los cereales nos enseña que el principio nutritivo que domina es el ácido fosfórico, despues sigue la potasa y la magnesia que en general se encuentra en mayor proporcion que la cal. Entre los elementos que forman la paja, el principio nutritivo dominante es el ácido silícico ó la sílice.

Si observamos ahora que cada una de las plantas abonadas con abono mineral, con estiércol ó guano, han sido cultivadas en una misma clase de tierra, y que hasta se ha dividido un campo en dos parcelas para buscar igualdad de condiciones, habrá que atribuir la mayor ó menor produccion, y la mejor ó peor calidad del grano á los elementos nutritivos que al suelo se han incorporado, ó lo que es lo mismo, á la clase de abono empleado.

En efecto, la accion del calor, de la luz, de los elementos del aire, del agua de lluvia ó de riego, ha sido igual en ambas parcelas, y sin embargo de que el suelo ha sido igualmente fértil para los dos ensayos, se nota que el peso de las cenizas de las plantas abo-

nadas con abono mineral excede de uno por ciento, término medio, al de las plantas cultivadas con otro abono, y que los principios á los que es debido este exceso, son el ácido fosfórico, la potasa y la magnesia, que en realidad son los que se encuentran en estado asimilable en mayor proporcion que en los demas abonos.

La accion fisiológica del ácido fosfórico y de la potasa, segun ya hemos dicho, no es completamente conocida, por más que algunos autores opinan que la accion del primero obra sobre los principios albuminóideos y la del segundo sobre los principios no azoados. Respecto á la magnesia, muchos son los autores que han analizado los granos de cereales y han notado que son de mejor calidad aquellos cuyas cenizas contenían mayor proporcion de esta base.

La composicion de las cenizas, de los altramuces, del cacahuete y de los pimientos, se diferencia poco de la de los cereales. Se observa igualmente que el principio dominante es el ácido fosfórico, y despues la potasa y la magnesia, aunque ésta última en menor proporcion. El carácter que distingue á estas tres plantas de las de los cereales, es que estos asimilan grandes cantidades de sílice, y forman la mayor parte de las cenizas de la paja; en aquellas es muy reducida la proporcion de este principio, segun podemos observar por los análisis que á continuacion insertamos.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL FRUTO DE LOS ALTRAMUCES.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	24,06	20,82
Sosa.....	13,15	17,54
Cal.....	5,60	4,10
Magnesia.....	4,03	5,00
Oxido de hierro.....	6,48	8,14
Acido fosfórico.....	38,54	34,41
Idem sulfúrico.....	6,01	7,50
Idem silícico.....	1,51	2,24
Pérdidas.....	0,62	0,25
	100,00	100,00
Cenizas.....	3,75	3,63 por 100

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE LOS ALTRAMUCES.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	23,50	20,12
Sosa.....	14,54	16,10
Cal.....	6,41	7,84
Magnesia.....	4,02	5,26
Oxido de hierro.....	6,05	6,48
Acido fosfórico.....	34,52	31,54
Idem sulfúrico.....	5,84	5,26
Idem silícico.....	4,26	6,84
Pérdidas.....	0,86	0,56
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,90	5,81 por 100
Azoe.....	2,06	2,04



COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DE CACAHUETES.

	Abono mineral.	Guano.
Potasa.....	22,07	14,66
Sosa.....	12,60	20,04
Cal.....	8,41	9,64
Magnesia.....	6,02	4,84
Oxido de hierro.....	3,04	3,24
Acido fosfórico.....	33,15	31,14
Idem sulfúrico.....	4,61	5,26
Idem silícico.....	8,12	9,14
Pérdidas.....	1,98	2,04
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,24	4,60 por 100

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE CACAHUETES.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	21,14	10,14
Sosa.....	14,04	21,84
Cal.....	9,64	13,64
Magnesia.....	6,15	4,55
Oxido de hierro.....	3,84	4,22
Acido fosfórico.....	32,28	30,52
Idem sulfúrico.....	4,62	5,28
Idem silícico.....	8,04	9,16
Pérdidas.....	0,25	0,65
	100,00	100,00
Cenizas.....	6,24	5,88 por 100
Azoe.....	2,50	2,45 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LOS PIMIENTOS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	30,00	24,92
Sosa.....	6,08	12,84
Cal.....	8,12	10,64
Magnesia.....	9,15	5,28
Acido fosfórico.....	35,11	32,71
Idem sulfúrico.....	4,00	4,14
Idem silícico.....	5,14	6,84
Oxido de hierro.....	2,13	2,28
Pérdidas.....	0,27	0,35
	100,00	100,00
Cenizas.....	3,60	3,20 por 100

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE LOS PIMIENTOS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	24,64	22,82
Sosa.....	12,14	10,28
Cal.....	10,16	12,32
Magnesia.....	6,54	5,38
Acido fosfórico.....	30,28	28,14
Idem sulfúrico.....	4,57	6,68
Idem silícico.....	8,96	9,03
Oxido de hierro.....	1,25	3,11
Pérdidas.....	1,46	2,24
	100,00	100,00
Cenizas.....	6,82	6,04 por 100
Azoe.....	1,50	1,52 —

El análisis de las cenizas del cáñamo y del lino nos enseña que el ácido fosfórico, la potasa y la cal, son los principios que más dominan, y por esta razón producen tan excelentes resultados los abonos ricos en superfosfatos, es decir, en ácido fosfórico y cal, juntamente con las sales potásicas.

La col asimila igualmente estos principios aunque en menos proporción.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LAS COLES.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	18,68	12,84
Sosa.....	13,92	19,65
Cal.....	30,87	31,76
Magnesia.....	5,96	4,52
Acido fosfórico.....	10,46	9,80
Idem sulfúrico.....	6,98	7,14
Idem silícico.....	10,48	11,28
Oxido de hierro, cloro y pérdidas.....	2,65	3,01
	100,00	100,00
Cantidad de cenizas...	21,652	21,598 por 100.
Azoe.....	0,94	0,92 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL CÁÑAMO.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	32,18	31,14
Sosa.....	4,52	6,28
Cal.....	22,84	24,52
Magnesia.....	3,28	2,57
Oxido de hierro.....	1,24	1,32
Acido fosfórico.....	32,54	30,29
Idem sulfúrico.....	0,28	0,27
Idem silícico.....	2,02	2,44
Pérdidas.....	1,10	1,17
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,06	5,04 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL LINO.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	30,12	26,14
Sosa.....	1,05	1,06
Cal.....	20,23	19,54
Magnesia.....	4,11	4,57
Oxido de hierro.....	1,00	1,30
Acido fosfórico.....	40,15	34,64
Idem sulfúrico.....	1,41	4,68
Idem silícico.....	1,00	6,53
Pérdidas.....	0,93	1,54
	100,00	100,00
Cenizas.....	4,02	4,03 por 100.

La composición de las cenizas de las plantas que á continuación insertamos, nos demuestra que, si bien contienen cantidades notables de ácido fosfórico, el principio dominante es la potasa.

Teniendo presente la cantidad notable de potasa que asimilan estos vegetales, deben emplearse abonos

potásicos, es decir, abonos ricos en este álcali, sin que por esto dejen de contener el ácido fosfórico y los demás principios nutritivos que indica su composición.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LAS ALMENDRAS (CON CÁSCARA).

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	50,14	49,14
Sosa.....	10,28	12,08
Cal.....	2,14	3,25
Magnesia.....	1,08	2,14
Acido fosfórico.....	24,06	20,16
Idem sulfúrico.....	3,61	4,14
Idem silícico.....	5,28	5,24
Oxido de hierro.....	2,35	2,05
Pérdidas.....	1,06	1,80
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,25	4,90 por 100

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LAS HOJAS SECAS Y TALLOS DEL NOGAL.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	30,14	28,15
Sosa.....	10,18	12,57
Cal.....	9,54	8,33
Magnesia.....	8,72	5,24
Acido fosfórico.....	24,14	25,84
Idem sulfúrico.....	4,64	5,02
Idem silícico.....	10,17	10,48
Oxido de hierro.....	1,45	2,92
Pérdidas.....	1,02	1,45
	100,00	100,00
Azoe.....	1,75	1,80 por 100
Cenizas.....	6,32	5,75 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DE ALUVIAS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	49,10	45,84
Sosa.....	"	4,10
Cal.....	5,86	8,12
Magnesia.....	14,41	10,24
Oxido de hierro.....	1,02	2,06
Acido fosfórico.....	26,30	25,48
Idem sulfúrico.....	1,70	1,96
Idem silícico.....	1,21	1,84
Pérdidas.....	0,40	0,36
	100,00	100,00
Cenizas.....	3,20	3,14 por 100

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE ALUVIAS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	40,16	38,12
Sosa.....	7,24	9,15
Cal.....	8,13	7,13
Magnesia.....	9,77	8,15
Oxido de hierro.....	2,22	3,66
Acido fosfórico.....	22,38	21,90
Idem sulfúrico.....	4,12	4,87
Idem silícico.....	4,72	5,64
Pérdidas.....	1,26	1,38
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,28	5,04 por 100
Azoe.....	2,50	2,54 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LOS GUISANTES.

	Abono mineral.	Guano.
Potasa.....	40,00	35,30
Sosa.....	0,75	2,45
Cal.....	9,12	10,16
Magnesia.....	10,15	11,94
Acido fosfórico.....	35,10	30,10
Idem sulfúrico.....	1,11	4,64
Idem silícico.....	1,00	2,04
Oxido de hierro.....	1,70	1,00
Pérdidas.....	1,07	2,37
	100,00	100,00
Cenizas.....	2,07	1,95 por 100

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE LOS GUISANTES.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	36,84	31,21
Sosa.....	6,75	10,14
Cal.....	8,14	7,24
Magnesia.....	7,56	9,56
Acido fosfórico.....	25,84	26,49
Idem sulfúrico.....	4,64	4,68
Idem silícico.....	4,27	5,17
Oxido de hierro.....	3,54	4,08
Pérdidas.....	2,42	1,43
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,24	5,00 por 100
Azoe.....	2,14	2,20 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DE LAS HABAS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	38,80	32,40
Sosa.....	1,00	3,50
Cal.....	7,21	7,10
Magnesia.....	8,30	5,16
Oxido de hierro.....	2,20	7,84
Acido fosfórico.....	37,40	35,00
Idem sulfúrico.....	3,00	5,64
Idem silícico.....	1,05	1,20
Hierro y pérdidas.....	1,04	2,16
	100,00	100,00
Cenizas.....	3,00	2,90 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE LAS HABAS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	36,64	26,14
Sosa.....	10,15	12,28
Cal.....	6,46	8,18
Magnesia.....	10,12	9,54
Acido fosfórico.....	22,64	22,84
Idem sulfúrico.....	4,81	6,24
Idem silícico.....	4,17	6,15
Oxido de hierro.....	3,40	6,86
Pérdidas.....	1,61	1,77
	100,00	100,00
Cenizas.....	7,00	6,45 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL GRANO DE LAS LENTEJAS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	37,84	35,24
Sosa.....	10,15	12,26
Cal.....	6,40	6,80
Magnesia.....	6,15	7,26
Oxido de hierro.....	3,84	3,15
Acido fosfórico.....	26,14	25,32
Idem sulfúrico.....	4,64	5,01
Idem silícico.....	3,86	4,02
Pérdidas.....	0,98	0,94
	100,00	100,00
Cenizas.....	3,64	3,45 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE LAS LENTEJAS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	24,06	25,14
Sosa.....	16,48	13,54
Cal.....	10,54	9,48
Magnesia.....	7,26	8,54
Oxido de hierro.....	4,15	4,18
Acido fosfórico.....	25,48	26,14
Idem sulfúrico.....	4,13	5,04
Idem silícico.....	6,48	6,32
Pérdidas.....	1,42	1,62
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,84	5,12 por 100.
Azoe.....	2,25	2,20 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LOS GARBANZOS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	56,32	30,14
Sosa.....	4,46	10,28
Cal.....	6,58	6,50
Magnesia.....	12,04	11,90
Oxido de hierro.....	2,64	3,24
Acido fosfórico.....	28,80	27,54
Idem sulfúrico.....	4,48	5,02
Idem silícico.....	5,57	4,07
Hierro y pérdidas.....	1,11	1,31
	100,00	100,00
Cenizas.....	3,81	3,57 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE GARBANZOS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	36,14	31,64
Sosa.....	14,12	14,21
Cal.....	7,13	8,24
Magnesia.....	1,04	1,00
Oxido de hierro.....	3,24	4,01
Acido fosfórico.....	24,16	25,03
Idem sulfúrico.....	4,22	5,08
Idem silícico.....	6,04	7,04
Pérdidas.....	3,91	3,75
	100,00	100,00
Cenizas.....	5,86	5,10 por 100.
Azoe.....	2,30	2,24 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL TUBÉRCULO DE LAS PATATAS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	40,65	40,18
Sosa.....	6,12	6,14
Cal.....	11,68	13,18
Magnesia.....	11,14	4,84
Oxido de hierro.....	4,02	5,00
Acido fosfórico.....	12,68	10,48
Idem sulfúrico.....	1,90	3,40
Idem silícico.....	10,56	14,56
Pérdidas.....	1,25	2,22
	100,00	100,00
Cenizas.....	3,90	2,25 por 100.
Azoe.....	1,57	1,38 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DE LA PAJA DE LAS PATATAS.

	Abono mineral.	Estiércol.
Potasa.....	30,15	28,15
Sosa.....	4,62	7,42
Cal.....	15,28	14,90
Magnesia.....	5,84	4,50
Oxido de hierro.....	0,60	0,40
Acido fosfórico.....	9,84	8,50
Idem sulfúrico.....	2,48	3,96
Idem silícico.....	30,15	31,12
Pérdidas.....	1,04	1,05
	100,00	100,00
Cenizas.....	21,45	21,45 por 100.
Azoe.....	1,04	1,00 —

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL FRUTO DEL NARANJO.

	Estiércol.	Estiércol.
Potasa.....	20,15	15,28
Sosa.....	10,22	12,14
Cal.....	30,12	30,24
Magnesia.....	9,02	8,10
Acido fosfórico.....	20,04	18,24
Idem sulfúrico.....	1,08	4,14
Idem silícico.....	4,50	5,82
Oxido de hierro.....	4,25	4,75
Pérdidas.....	0,62	1,29
	100,00	100,00
Cenizas.....	3,57	3,48 por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL TRONCO, RAMAS Y HOJAS (PAJA) DEL NARANJO (1).

	Tronco y ramas.	Hojas.	
Potasa.....	14,15	10,18	
Sosa.....	16,67	10,82	
Cal.....	31,57	41,22	
Magnesia.....	10,64	6,54	
Acido fosfórico.....	18,82	19,47	
Idem sulfúrico.....	4,89	4,53	
Idem silíceo.....	2,82	5,48	
Hierro y pérdidas.....	0,44	1,76	
	100,00	100,00	
Azoe.....	1,57	1,60	por 100.
Cenizas.....	6,32	6,20	—

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL FRUTO DEL LIMON.

	Estiércol.	Estiércol.	
Potasa.....	18,06	19,06	
Sosa.....	12,14	10,14	
Cal.....	30,00	29,85	
Magnesia.....	12,05	10,24	
Acido fosfórico.....	20,13	20,57	
Idem sulfúrico.....	4,25	2,32	
Idem silíceo.....	4,65	5,36	
Oxido de hierro.....	1,24	1,84	
Pérdidas.....	0,48	0,62	
	100,00	100,00	
Cenizas.....	3,72	3,64	por 100.

COMPOSICION DE LAS CENIZAS DEL TRONCO, RAMAS Y HOJAS.

	Tronco y ramas.	Hojas.	
Potasa.....	10,21	10,18	
Sosa.....	0,13	4,32	
Cal.....	32,08	34,48	
Magnesia.....	10,15	8,75	
Acido fosfórico.....	20,07	10,64	
Idem sulfúrico.....	10,65	12,85	
Idem silíceo.....	12,42	11,32	
Oxido de hierro.....	4,09	6,59	
Pérdidas.....	0,20	0,87	
	100,00	100,00	
Cenizas.....	5,78	5,36	por 100.
Azoe.....	1,32	1,28	—

Los elementos fijos que asimilan las plantas debe contenerlos el suelo, y si éstos faltan, la vida vegetal no puede realizarse; por esta razon es preciso restituir á la tierra los principios que pierde en cada cosecha.

(1) Estos análisis han sido hechos de naranjos traídos de Alcira: nuestro amigo D. José Dolz nos remitió este año un naranjo pequeño entero para determinar con exactitud la proporción de principios nutritivos.

El cálculo para determinar las sustancias que en forma de abono hay necesidad de agregar al suelo, es en extremo sencillo.

Veamos los casos que pueden ocurrir:

1.º El labrador aprovecha todo el estiércol producido por los restos de vegetales de cada cosecha; entonces debe agregar solamente los principios fijos del grano; ya hemos dicho que el ázoe del grano ó del fruto lo suministra el amoníaco del aire y del que se fija en el suelo arrastrado por las aguas de lluvia.

Para investigar en este caso la cantidad de principios nutritivos que tiene que incorporar al suelo, debe conocer el peso del grano que, término medio, recolecta en cada año; con este dato y con el peso de las cenizas puede resolverse este sencillo problema, como ya hemos indicado en el artículo *Asimilacion de vegetales* (1).

2.º El labrador no utiliza en sus tierras la paja, ó sea los restos vegetales de cada cosecha; en este caso debe agregar: primero, los principios fijos del grano; segundo, los principios fijos de la paja, y tercero, la cantidad de ázoe de la paja.

Un cálculo análogo al anterior le dará á conocer la suma de principios nutritivos que tiene que agregar en forma de abono.

3.º El labrador utiliza solamente una parte de los restos vegetales. Conociendo la cantidad total de paja que ha obtenido en cada cosecha, puede por diferencia determinar la paja ó restos vegetales que no devuelve á la tierra, y con este dato calcular igualmente la suma de principios nutritivos que debe agregarse, que serán:

- 1.º Los principios fijos del grano.
- 2.º Los principios fijos de la parte de paja que no utiliza.
- 3.º La parte de ázoe que contiene la paja que no utiliza como abono.

Este problema es sencillo en Inglaterra, donde todo agricultor pesa siempre el grano y la paja que recolecta cada año. Nosotros nos atreveríamos á aconsejar á los labradores de nuestro país que practiquen cada año la operacion de pesar el grano y la paja.

ANÁLISIS DE LOS ABONOS.

Los diversos abonos que se encuentran en el comercio están sujetos á falsificaciones que son en extremo perjudiciales para los intereses del labrador. Es, pues, de la mayor importancia dar á conocer métodos sencillos para reconocer y determinar con alguna aproximacion el verdadero valor de un abono.

Ya hemos dicho cuáles son los principios nutritivos indispensables para el desarrollo de todos los vegetales. De estos principios, los que son asimilados por las plantas en mayor cantidad son el ácido fosfórico,

(1) Véase el núm. 62, correspondiente al 2 de Mayo, páginas 557 y 558.

la potasa y el amoniaco, y por esta razon los abonos que en general más efecto producen son los más ricos en estos tres principios nutritivos.

El agua se encuentra en los abonos, ya naturales, ya artificiales, en mayor ó menor proporcion. Entre las sales que los forman hay unas que son higrométricas, y otras que contienen el agua al estado de combinacion. Es muy importante conocer la cantidad de agua higrométrica que tienen los abonos comerciales.

Para apreciar el valor comercial de un abono es, pues, preciso determinar:

- 1.º El agua.
- 2.º El ácido fosfórico.
- 3.º El ázoe.
- 4.º La potasa.



La cal y la magnesia no lo determinamos, porque como sustancias de poco valor, no se encuentran en defecto en los abonos artificiales.

Antes de proceder al análisis de los abonos se toman dos ó más sacos, que se vierten en un suelo bien liso, se mezclan bien con una pala, se separan unas cuantas libras que se reducen á polvo fino, y de aquí se van tomando los pesos necesarios para hacer los diversos ensayos.

DETERMINACION DEL AGUA. Se toman 10 gramos del abono reducido á polvo fino, y se introducen en una estufa de aire provista de su correspondiente termómetro. Se calienta por espacio de una hora, procurando que la temperatura no exceda de 125 grados; se vuelve á pesar, y la pérdida de peso representa la cantidad de agua contenida en el abono. Este método es exacto, y solamente es preciso hacer una correccion cuando el abono contiene carbonato de amoniaco que se volatiliza en parte con el agua.

DETERMINACION DEL ACIDO FOSFORICO. Se encuentra en los abonos el ácido fosfórico en dos estados diferentes; en estado de fosfato soluble, y en estado de fosfato insoluble.

Para determinar el ácido fosfórico en estado de fosfato soluble se toma un gramo del abono, si es concentrado, y si es otro abono, por ejemplo, el estiércol, se toman 10 gramos. Se disuelve primero en el agua fria y despues en el agua hirviendo; se filtra y se lava hasta que las aguas del lavado no dejen residuo alguno, evaporadas en una lámina de platino; se agrega á la disolucion filtrada, primero citrato de magnesia, y despues amoniaco, y el ácido fosfórico se precipita al estado de fosfato amónico-magnesiano. Se vuelve á filtrar y se lava con agua un poco amoniacal; se deseca el precipitado y se calcina al rojo para trasformarlo en pirofosfato de magnesia. Se pesa y se multiplica el peso en gramos por el número 0,6339, y el resultado que obtengamos nos da la cantidad de ácido fósforo.

Para determinar el ácido fosfórico en estado de fosfato insoluble, se toma el residuo que ha quedado en

el filtro cuando hemos separado el ácido fosfórico al estado de fosfato soluble, y se trata por el ácido clorhídrico diluido, se calienta hasta la ebullicion y se vuelve á filtrar. El líquido filtrado contiene ya todo el ácido fosfórico en estado soluble, y se determina la cantidad como ántes hemos dicho.

Como medio de comprobacion, se puede dosar al mismo tiempo el ácido fosfórico en estado soluble y en estado insoluble; para ello se toma, como ántes hemos dicho, uno ó diez gramos, y se trata por el ácido clorhídrico diluido é hirviendo, y todo el ácido se encuentra ya en estado soluble y se determina la cantidad por el procedimiento ya descrito. Si la operacion está bien hecha, se debe encontrar ahora la suma del ácido fosfórico en los dos estados.

DETERMINACION DEL AZOE. Los principios nutritivos que suministra el ázoe á las plantas son el amoniaco y el ácido nítrico; el amoniaco se encuentra en los abonos combinado con los ácidos, formando sales amoniacales, y el ácido nítrico se halla al estado de nitratos.

Siendo los nitratos y las sales amoniacales sustancias de un precio bastante elevado, se agregan en la confeccion de los abonos materias orgánicas azoadas, susceptibles de descomponerse en la tierra y dar, entre los productos de su descomposicion, el amoniaco que necesitan asimilar las plantas.

El procedimiento que hemos de emplear para determinar el ázoe es variable, segun la forma en que se encuentra este elemento; por esto vamos á indicar la marcha que hemos de seguir para su reconocimiento.

Se disuelve una corta cantidad de abono, y el líquido filtrado se divide en dos porciones: á la primera se agrega una disolucion de potasa, y se reconoce el amoniaco por los vapores blancos que se forman al aproximar una varilla de vidrio mojada de ácido clorhídrico.

Se reconoce si tiene nitratos tomando la segunda porcion, agregándole ácido clorhídrico y unas gotas de disolucion de añil; al cabo de algunos instantes de ebullicion se decolora el líquido.

Si se toma una nueva porcion de abono y se calienta en una cápsula de platino, no tarda en aparecer un color negro, debido á la presencia de la materia orgánica.

Si suponemos que el ázoe está bajo la forma de materia orgánica sola ó mezclada con una sal amoniacal, se determina la cantidad total del ázoe por el procedimiento que generalmente se emplea en los laboratorios de química agrícola, y está fundado en que toda materia orgánica azoada, como toda sal amoniacal calentada en contacto con la cal sodada, desprende todo el ázoe al estado de amoniaco, que se disuelve en un volumen determinado de ácido sulfúrico graduado ó titulado, y se dosa por medio de un licor alcalímetro.

La cal sodada no se encuentra frecuentemente en el comercio: su preparacion es muy sencilla, pues está reducida á tomar dos partes de cal viva que se apagan por medio de una disolucion concentrada de una parte de sosa cáustica. Se calienta esta mezcla en un crisol á la temperatura del rojo intenso: la materia calcinada despues de fria se conserva en frascos de vidrio bien tapados.

El líquido titulado ó la disolucion normal de ácido sulfúrico se prepara tomando el equivalente, ó sean 49 gramos de ácido sulfúrico monohidratado, y se diluye hasta el volúmen de un litro. Este ácido, cuando hierve á la temperatura de 325°, da por destilacion el ácido sulfúrico monohidratado; así, pues, será siempre fácil preparar esta disolucion normal. Para ello se toma una cierta cantidad de ácido del comercio y se somete á la destilacion, teniendo cuidado de no recoger ninguna porcion hasta que la temperatura sea de 325°. Se pesan ahora 49 gramos de este ácido recientemente destilado, que se diluye hasta que se obtenga exactamente el volúmen de un litro, y se guarda en frascos bien tapados.

El licor alcalimétrico ó disolucion normal de sosa cáustica se prepara disolviendo el equivalente, ó sean 40 gramos de sosa cáustica químicamente pura, que se diluye hasta que ocupa el mismo volúmen de un litro. Este licor alcalimétrico se conserva en los laboratorios de modo que no absorba ni la humedad ni el ácido carbónico.

No entramos en más detalles sobre la preparacion y conservacion de estos líquidos graduados, porque suponemos en el que haga este análisis los conocimientos químicamente indispensables en esta clase de trabajos; pero siempre aconsejaremos que se comprueben estos líquidos titulados, viendo si un centímetro cúbico de la disolucion ácida neutraliza exactamente el mismo volúmen de la disolucion alcalina.

Vamos á indicar cómo se procede al dosado del ázoe.

Se toma un tubo de combustion abierto por un lado y cerrado por la extremidad afilada: se deseca este tubo por medio de una varilla de vidrio que lleva en su extremidad un pedazo de papel de filtro: se introduce primero una corta cantidad de una mezcla de ácido oxálico y cal sodada, que tiene por objeto desprender al fin de la operacion hidrógeno para desalojar los últimos restos de amoniaco que pueda contener el tubo de combustion: despues se agrega una corta cantidad de cal sodada, y luego se introduce la mezcla de cal sodada y del abono que se trata de ensayar, de modo que ocupe la parte media del tubo, y se acaba de llenar con cal sodada: en la extremidad se pone un poco de vidrio machacado, lavado y bien seco, ó un tapon de amianto; y por último, se cierra con un tapon de corcho: se arrolla sobre el tubo de combustion una cinta metálica *clinquan*, que se sostiene por medio de un hilo de laton.

Preparado ya el tubo de combustion, se vierte en el tubo de bolas de Liebig 10 centímetros cúbicos de la disolucion normal que contienen 490 miligramos de ácido sulfúrico monohidratado, y que pueden neutralizar 170 miligramos de amoniaco: el peso del abono que debemos emplear para el ensayo no debe producir mayor cantidad de amoniaco que los 170 miligramos: así, pues, si es un abono concentrado se debe emplear un gramo, y si es el estiércol ú otro abono poco amoniacal, es preciso tomar ocho ó 10 gramos.

En vez del tubo de bolas de Liebig se emplea hoy en los laboratorios un tubo de brazos comunicantes, que lleva cada uno de los brazos una especie de matracito bastante alargado: esta forma de tubo tiene la ventaja de poder agregar directamente los 10 centímetros cúbicos de la disolucion normal ácida, por medio de una bureta graduada.

Se quita ahora el tapon que hemos puesto en el tubo de combustion, y se reemplaza por el tapon que lleva el aparato de bolas de Liebig ó el tubo de brazos comunicantes, y se coloca en un hornillo largo especial para esta clase de combustiones.

Se empieza por calentar la parte del tubo más próxima al tapon, y se va agregando carbon para calentar todo el tubo, excepto la parte primera donde se encuentra la mezcla de oxalato y cal sodada; la temperatura se va elevando procurando conducir el fuego de modo que las burbujas se vayan desprendiendo lentamente y no levanten tumultuosamente el líquido, porque un desprendimiento demasiado rápido podría hacer perder un poco de amoniaco: á medida que va terminando la operacion se va aumentando la temperatura hasta el rojo, condicion indispensable para tener la seguridad de la descomposicion total de la materia azoada. Al fin de la operacion se calienta la mezcla de cal sodada y de ácido oxálico para que el desprendimiento de hidrógeno expulse todo el amoniaco y lo conduzca á la disolucion de ácido sulfúrico.

Cuando ha cesado el desprendimiento de gases estando todo el tubo al calor rojo, se separa el tubo de bolas que contiene el líquido normal y se vierte sobre un vaso de precipitar, teniendo cuidado que no se pierda ni una sola gota, y se lava dos ó tres veces hasta que el agua del lavado no tenga reaccion ácida.

En este vaso de precipitar se agrega una corta cantidad de disolucion de tornasol, y se procede despues á neutralizar el ácido con el licor alcalimétrico, ó sea la disolucion de sosa cáustica.

Supongamos ahora que haya sido preciso emplear cuatro centímetros cúbicos en disolucion de sosa cáustica para neutralizar el exceso de ácido; es evidente que 10—4=6 serán los centímetros cúbicos que han sido neutralizados por el amoniaco, y la determinacion de éste se practicará formando la proporcion siguiente:

10^{cc} : neutralizan 170 miligramos de amonia-

co :: 6^{cc}, que son los empleados, ¿cuántos miligramos de amoniaco neutralizan?

10^{cc} : 0,gr170 : 6^{cc} : x = 0,102, es decir, que el gramo de abono que hemos ensayado contiene 0,gr102; luego los 100 gramos contienen 10,20 de amoniaco, ó sea el 10,20 por 100.

Si quisiéramos encontrar la cantidad de ázoe correspondiente al 10,20 por 100 de amoniaco, sería fácil determinarla sabiendo que 17 de amoniaco corresponden á 14 de ázoe.

$$17 : 14 :: 10,20 : x = 8,40.$$

El abono ensayado contiene 10,20 por 100 de amoniaco, que corresponde á 8,40 por 100 de ázoe.

Vamos ahora á dosar el ázoe cuando además de la materia azoada contiene nitratos. En este caso no se puede transformar en amoniaco toda la materia azoada, y es preferible determinarlo al estado de ázoe, lo que se consigue procediendo de la manera siguiente:

Se toma un tubo de análisis de 50 á 60 centímetros de longitud, cerrado por un extremo á la lámpara, y se introduce en el fondo de este tubo una cantidad de bicarbonato de sosa que ocupe una longitud de tres ó cuatro centímetros; despues se agrega una columna de cinco á seis centímetros de óxido de cobre preparado tostado torneaduras de cobre en el aire y pulverizándolo despues en un mortero de bronce: se mezcla en seguida el abono que se va á analizar con el óxido de cobre, y se introduce todo en el tubo, teniendo cuidado que no se pierda la menor porcion. Se añaden aún algunos centímetros cúbicos de óxido de cobre, y luego una columna de 10 centímetros de torneaduras de cobre, primero tostadas, y despues reducidas por el hidrógeno.

Se acaba de llenar el tubo con vidrio machacado y se cierra por medio de un tapon. Se envuelve el tubo con una cinta metálica del mismo modo que ántes hemos dicho, y por último se ajusta bien un tapon de corcho con su tubo abductor para recoger el gas ázoe en la cuba de mercurio.

El tubo de análisis ya preparado se coloca en el horno de combustion y se empieza por calentar, por espacio de 10 minutos, la parte del tubo que contiene el bicarbonato de sosa, con el objeto de que el ácido carbónico que se desprende desaloje el aire que contiene el tubo. Para investigar si se ha desalojado todo el aire, se recogen unas burbujas en una campana llena de mercurio, en la cual se han introducido algunas gotas de disolucion de potasa cáustica; si no hay más que ácido carbónico, será absorbido por esta disolucion alcalina, pero si queda aire, aparecerá en la campana y será preciso seguir calentando algunos minutos más, hasta que, repetida la experiencia, todo el gas que se desprenda y se recoga en la probeta de mercurio sea absorbido completamente por la disolucion potásica.

Una vez desalojado el aire, se calienta la parte del tubo donde está la mezcla de abono y óxido de cobre, y se va gradualmente elevando la temperatura hasta el rojo; la materia que constituye el abono se descompone y por el tubo abductor se desprende el ázoe puro, que se recoge en una campana llena de mercurio, en la cual se ha introducido una cierta cantidad de disolucion de potasa; se calienta igualmente toda la parte del tubo en donde está el óxido de cobre, hasta que no se desprenda ninguna burbuja de ázoe. Despues que ha cesado el desprendimiento de gas, se vuelve á calentar la parte del tubo donde se encuentra el bicarbonato de sosa, para originar nuevo desprendimiento de ácido carbónico con el fin de desalojar el ázoe que puede aún existir en el tubo. Si todo el ácido carbónico que ahora se desprende es absorbido de una manera completa por la disolucion de potasa contenida en la probeta, es señal de que ya se ha desalojado todo el ázoe y queda terminada la operacion.

Para medir el volúmen de ázoe, se agrega agua á la cuba de mercurio, se levanta ligeramente la campana para que caiga inmediatamente el mercurio que es reemplazado por agua, y se trasvasa este gas á un tubo graduado lleno de agua y provisto de un embudo, á fin de facilitar el trasvase; este tubo graduado se introduce en la cuba de agua hasta que el nivel interior sea el mismo que en el exterior.

Se anota el volúmen de gas que marca el tubo graduado, pero conviene, ántes de pasar adelante, comprobar si el ázoe es puro ó si contiene alguna cantidad de bióxido de ázoe, cosa que ocurre algunas veces. Para ello se introduce en el tubo graduado un pedazo de sulfato de cobre, que tiene la propiedad de absorber el bióxido de ázoe, y se agita durante algunos instantes. Si el nivel queda constante, el ázoe es puro; pero si ha disminuido, es prueba que contenía bióxido de ázoe que ha sido absorbido por el sulfato ferroso, y se hace preciso entonces aumentar al nuevo volúmen observado la mitad del volúmen del gas que ha desaparecido, porque el bióxido de ázoe contiene la mitad de su volúmen de ázoe.

Conocido ya el verdadero volúmen para encontrar su peso, no habría más que multiplicar por su densidad, si la presion del barómetro en el instante de la experiencia fuese de 760 milímetros y la temperatura del agua fuera de cero grados, pero como esta condicion no se realiza, es preciso hacer las correcciones de presion y de temperatura, lo que se consigue por medio de la siguiente fórmula:

Peso del ázoe:

$$= V. \times 0,971 \times 0,0013 \frac{h-f}{760} \times \frac{1}{1+0,00377 \times t}$$

en cuya fórmula V representa el volúmen en centímetros cúbicos observado la temperatura t y a la

presión h del barómetro; 0,971 la densidad del ázoe; 0,0013 el peso de un centímetro cúbico de aire; f la fuerza elástica del vapor de agua á la temperatura t y 0,00367 el coeficiente de dilatación de los gases.

DETERMINACION DE LA POTASA Y SOSA. Se toma un gramo de abono si es concentrado, se le agrega una corta cantidad de ácido clorhídrico, se calienta y se filtra. El líquido filtrado se hierve, y después se agrega una disolución de acetato de plomo para precipitar todo el ácido fosfórico y sulfúrico en estados de fosfatos y sulfatos de cal insolubles. Se filtra, y el líquido filtrado se evapora hasta sequedad. Este residuo se disuelve en el agua, y se agrega amoníaco y carbonato de amoníaco hasta que deje de dar precipitado. Se filtra nuevamente, se evapora á sequedad y se calcina al rojo. Este residuo se trata por ácido clorhídrico, se calcina de nuevo y se pesa: este peso nos representa la potasa y sosa bajo la forma de cloruros.

Si se quiere ahora saber la cantidad de potasa que contiene el abono, se disuelven los dos cloruros en la menor cantidad posible de agua, se agregan unas gotas de ácido clorhídrico y después una disolución de cloruro de platino; se evapora casi hasta sequedad y se le agrega una cierta cantidad de alcohol, y al cabo de algunas horas se filtra y queda separada la potasa en estado de cloruro doble de platino y potasio. Se lava bien el filtro, se deseca en la estufa y se calcina al rojo; el cloruro doble de platino y potasio se descompone en platino y cloruro de potasio. Este residuo se disuelve en el agua, se filtra para separar el platino y queda solamente la disolución de cloruro de potasio. Se evapora hasta sequedad, y se determina el peso de cloruro de potasio y se multiplica por el núm. 0,6309, y el producto resultante nos dará la cantidad de potasa que contiene el gramo de abono, y multiplicado por ciento, nos dará el tanto por ciento de potasa.

LUIS MARÍA UTOR

BENITO ESPINOSA

NOVELA

DE

BERTHOLD AUERBACH.

I.

ACOSTA.



Corrían los últimos días del mes de Abril del año de gracia de 1647. En el cementerio judío de Oudekesh, próximo á Amsterdam, trabajaban afanosamente un viernes por la tarde los sepultureros en rellenar de tierra una sepultura para tapar un ataúd que acababan de bajar á ella. Nadie lloraba al pié de esta

TOMO VI.

tumba. Agrupados en corrillo los que habían acompañado al difunto hasta su última morada, conversaban entre sí acerca de la vida y la muerte de aquel cuyos despojos acababan de ser entregados á la tierra. Los que habían bajado el ataúd á la sepultura se alejaban silenciosos é indiferentes, observando la puesta del sol y pensando en el próximo sábado. Tan sólo quedaba al pié de la sepultura un jóven de pálida fisonomía que observaba con atención cómo caían sordamente las paletadas de tierra negra sobre el ataúd. Distráidamente arrancaba con la mano izquierda las retamas que empezaban á brotar en el vallado.

—Amigo mio,—le dijo en español un extranjero que estaba cerca de él;—¿sois el único pariente del difunto? Vuestra cara me dice que le habéis conocido, y; en tal caso, podreis decirme quién fué éste que acaban de arrojar precipitadamente en esta sepultura como si fuera un herido de peste, sin que le acompañe una lágrima, ni un recuerdo, ni un sentimiento. Soy extranjero y...

—No me unía con el difunto ningún lazo de parentesco,—dijo el jóven después de titubear un poco.—Aunque usted parece ser de la tribu de Israel, preciso es que sea extranjero y venga de remotos países cuando nada sabe de la suerte de este desgraciado, dejado de la mano de Dios y de los hombres. ¡Ah! era noble y muy superior al comun de los hombres; pero ¡cuánto ha bajado por el camino de perdición!

—Os ruego,—replicó el extranjero,—que no hagais lo que los demás á quienes he preguntado; referidme...

—¿Conoceis la familia da Costa d'Oporto?—preguntó el jóven.

—¿Y quién que haya vivido en España no ha oido celebrar la fama de ese nombre? Los más célebres guerreros lo han usado. Miguel da Costa, que era uno de los más valientes caballeros de los torneos de Lisboa, fué largo tiempo uno de los más celosos partidarios de nuestra perseguida religion.

—Hijo suyo era el difunto,—contestó el jóven;—y, según mi padre me repetía, era la viva imagen del aspecto y fisonomía de Miguel. Se llamaba Gabriel, no le igualaba nadie en los ejercicios ecuestres, era muy entendido en todas las ciencias, y muy especialmente en la del derecho. Aunque atormentado por dudas sobre la religion, aceptó á los 25 años el cargo de tesorero de la Iglesia católica; al fin se despertó en él el celo por la pura religion de sus padres, y abandonó, en union de su madre y hermanos, el país en que descansan los huesos de tantos mártires de nuestra religion, y en el cual se ven numerosos judíos prosternados delante de las imágenes y besándolas cuando...

Se detuvo repentinamente el jóven para oír la

conversacion de los que estaban igualando el piso alrededor del sepulcro.

—Que Dios me perdone mis pecados,—decía uno,—pero sigo en mis trece de que éste incrédulo no merecía ser enterrado el viernes por la tarde, porque se va á hallar entregado á los primeros tormentos de la putrefaccion al comenzar el sábado. Como encontrará preparado el festin al presentarse su alma á las puertas del cielo, no entrará en seguida en el infierno, porque se les da á los condenados descanso en sus sufrimientos el sábado. Por esto me empeñaba yo en que no se le debía enterrar hasta el lunes por la mañana, y aún hubiera sido demasiado pronto para lo que le espera; así, quizá y sin quizá, nos hará violar el sábado; démonos prisa á concluir.

—Sí, sí,—dijo el otro,—cuando llegue á lo alto y los ángeles le golpeen con sus varitas de fuego, tendrá que creer que existe otro mundo, ya que ha sido tan pertinaz en negarlo durante su vida. ¡Eh! ¿Qué piensas tú de esto?

—Continuad vuestro relato, os lo suplico,—dijo el extranjero.

—Ya ha oido usted lo que dicen esas gentes,—replicó el jóven;—pues aquel jorobado que usted ve allí y que le insulta con tanta inquina, le debe muchos favores, porque no reconocía límites su bondad. Vino Gabriel á establecerse aquí, á Amsterdam; como decía á usted, se sometió voluntariamente á todos los ritos que se le exigieron y entró en nuestra religion. Tomó el nombre de Uriel Acosta y siguió á la letra el precepto: «Meditarás mi ley dia y noche.» Me han contado varias veces que era edificante ver á este hombre tan distinguido, que no se creía rebajado recurriendo á un niño para que le enseñara el hebreo y las Santas Escrituras. Pronto se apoderó de él un espíritu maligno que le obligó á burlarse de nuestros piadosos rabinos. Usted acaba de oír que era de los que niegan nuestros dogmas fundamentales; ha hecho públicos por escrito los pecados de su alma y pretendido apoyarlos en la palabra divina. El rabino Salomon de Silva, nuestro célebre médico, ha refutado sus falsas doctrinas. Delatado á la comunidad se retractó Acosta; pero, no dejándole descansar el espíritu de contradiccion, á más de mostrarse contrario á nuestra religion, segun contó su mismo sobrino, violando el sábado, comiendo manjares prohibidos, y disuadiendo con sus consejos á dos cristianos que querían hacerse israelitas, blasfemó públicamente contra todas las religiones. En el espacio de siete años se negó á vivir dentro de los preceptos de nuestra religion, y muy especialmente á someterse á la penitencia que se le había impuesto. Se trató de desterrarle y rechazarle para siempre del seno de la comunidad. Gracias á los ruegos de su amigo el

piadoso rabino Naphtalí Pereira, se sometió á la decision del Beth-Din (1), y sufrió todos los castigos que se le impusieron. Mi padre lo decía frecuentemente: «Acosta hubiera perdido de buena voluntad la vida por nuestra religion, pero no podía vivir en ella.» Acabó de perturbarse su alma con las disensiones domésticas y la ruptura de su matrimonio con una de las hijas de Josué de Leon. A modo de testamento, ha dejado un bosquejo de su vida en que procura justificarse; si permaneceis algun tiempo en Amsterdam, ya llegareis á saber más de este asunto. Hacía ya tiempo que, contra sus antiguos hábitos, no hablaba casi con nadie; creyeron en su arrepentimiento, pero cometía nuevos sacrilegios. Esquivaba la compañía del rabino Naphtalí Pereira, á quien imputaba ser el autor de sus sufrimientos y su desgracia. Ayer mañana, cuando el rabino volvía de la sinagoga y pasaba por delante de la casa de Acosta, le disparó Acosta un pistoletazo. Era muy buen tirador y gozaba de tal reputacion en su pais natal; es milagroso que no haya matado á tan santo varon; sin duda un ángel del cielo ha contenido su brazo. Como todo lo tenía dispuesto el desgraciado, cogió en seguida una segunda pistola que tenía al lado y se la descargó en la boca, saltándose, segun dicen, todo el cerebro. Hé ahí, por qué se le ha enterrado de ese modo y sin honores...»

—¡Baruch!—interrumpió uno que se acercaba;—Baruch, ven, que todo ha concluido y nos volvemos con nuestro maestro.

—Héme aquí, Chisdaï,—contestó Baruch, que, despues de saludar al extranjero, se unió á los que estaban presentes y que recitaban en aquel momento, en lengua armenia, la oracion prescrita para la resurreccion de los muertos y la reconstruccion de Jerusalem.

A la salida del cementerio, cada cual arrancó por tres veces yerba del suelo, la arrojó hácia atras por cima de su cabeza y pronunció estas palabras en hebreo: «Que surjan del seno de la ciudad como la yerba de enmedio de los campos» (Ps. LXXII, 16). Fuera del cementerio se lavaron tres veces las manos en agua preparada, con el fin de purificarse del contacto con los demonios que residen en la morada de los muertos, y recitaron al mismo tiempo el versículo: «Desaparecerá para siempre la muerte, etc.» (Jerem. xxv, 8). Entónces cada uno se dirigia á su casa, pero al marcharse era preciso repetir aún tres veces los versículos de los salmos xc, xv y xci. Era costumbre comenzar cada versículo sentándose en una piedra ó sobre el césped y despues se seguía recitando y andando.

Así caminaban Baruch y Chisdaï y su maestro el rabino Saul Morteira, que iba en medio. «Perezcan,

(1) Gran Tribunal de los Rabinos.

señor, todos tus enemigos» (Jueces v, 31), dijo por fin Chisdaï. La justa condenacion de Dios se ha manifestado de nuevo en todo su poder contra este orgulloso, continuó. Tú no has visto su penitencia, Baruch; deseo no volver á presenciar semejantes espectáculos. Al principio se me despertó una piedad culpable, hasta que reconocí que el deber de los hombres es armarse con la vara de la justicia divina. Nunca olvidaré esto; parece que veo aún al apóstata, con la camisa con que debía ser sepultado, leyendo en plena sinagoga la confesion de sus pecados; falto de la voz imperiosa de otras veces, no llevaba la frente tan alta como acostumbraba; ha inclinado su cabeza lo mismo que un rosal, segun las palabras del profeta Isaías. Me lo represento tambien como si le viese, cuando, conducido á un rincon del templo, adhirieron sus vigorosos brazos á una columna y fué atado su largo cuello. El mace-ro, que estaba á su lado, recitaba el versículo 38 del salmo LXXVIII: «Dios, todo misericordioso, perdona los pecados, desvía con su mansedumbre su cólera y aminora su ira.» Dijo estas palabras tres veces y cada una de ellas golpeaba el sacristan las espaldas desnudas del apóstata. No se le oyó quejarse, y aún no se movía despues de haber acabado de recibir el número marcado de golpes; permanecía inánime, besando el suelo, que se había desdeñado de pisar. Vestido de nuevo, fué conducido á la puerta de la sinagoga, donde se arrodilló y le bajó la cabeza el sacristan, para que pisaran en su nuca, llena de heridas, todos los que salían de la Sinagoga; yo procuré hacerme más pesado cuando le pisé para que sintiera el peso de mi pié. Ya te lo dije, fué una lástima que tú y tu padre estuvieseis de viaje aquel dia. Observé que se levantó despues que se había ido la gente, volvió á entrar en la sinagoga, abrió impetuosamente el tabernáculo y se fijó durante mucho tiempo en los libros santos, hasta que el sacristan le aconsejó que se retirase. ¿Están abiertas de nuevo las puertas del cielo para mí? preguntó, y me parece que se sonrió de un modo infernal. Se embozó en su manto y volvió furtivamente á su casa. ¡Cuán justos son los designios de Dios! Ha caido en la sepultura que había abierto para otro; así perecerán todos. Se ha perdido en este mundo y en el otro.» Chisdaï miró oblicuamente á su preceptor, buscando en su mirada un signo de benévola aprobacion como recompensa á su celo piadoso; pero éste movió con aire pensativo la cabeza y continuó rezando por lo bajo.

Baruch había intentado dos veces replicar á su condiscípulo, pero se había callado temiendo le llevase demasiado léjos su conmiseracion hácia el pecador. Se atrevió, sin embargo, cuando notó la tácita desaprobacion del maestro: «Parece que quieres imitar,—le dijo,—á la mujer del rabino Mejir.»

Aludía á la narracion del Talmud, en la cual una mujer, al leer el versículo del Salmo civ, 35: «Que desaparezcan los pecadores de la tierra para que sean aniquilados los impíos,» cambió la palabra *pecadores* en *pecados*. Baruch continuó: «¿Dónde existe el justo que haga sólo el bien y nunca peque?» (Eclesiastes, vii, 20). Tambien yo detesto las doctrinas que han llevado á Uriel al error y á la mentira.

—No debes pronunciar su nombre, está borrado,—interrumpió Chisdaï.

—Él mismo ha refutado sus doctrinas, pues le han conducido al suplicio. Durante su vida le han juzgado los hombres; ahora que ha muerto, á Dios sólo corresponde su juicio.

El rabino bajó la cabeza en señal de aprobacion sin pronunciar una palabra, porque estaba recitando el Salmo.

«Pero está escrito tambien,—replicó violentamente Chisdaï,—que «mancha el nombre del impío.» (Prov. x, 7.)

Siguieron los tres silenciosamente, agitados cada cual con pensamientos distintos. Por último, habló el maestro y declaró que la ley revelada no toleraba la apostasia, porque ha escrito Dios la ley con su propia mano y nos la ha prescrito para que vivamos segun sus mandatos; que aquel que pretende vivir segun las aspiraciones de su razon, niega la necesidad de la revelacion y de su verdad, insultando la ley que ha de castigarle. «Hay gentes,—dijo el rabino al concluir,—que os dicen: Dejad á cada cual bajo su responsabilidad personal pensar lo que mejor le plazca; esos son necesariamente apóstatas. No nos es permitido abandonar á ninguno de los que han nacido en nuestra creencia, porque al perderse ellos nos perderíamos tambien. Si podemos inducirle con nuestros consejos á hacer penitencia, cantemos una aleluya; pero si permanece sordo á nuestros consejos é insiste en sus errores, rompamos nuestras vestiduras; ha muerto, es preciso que muera ó que mate al demonio que lleva dentro de sí. Debemos obligarle á ello con todas las fuerzas de que Dios nos ha dotado.

—Se le obliga hasta que diga «lo quiero,»—interrumpió Chisdaï con las palabras del Talmud, y el rabino continuó:

«Cuando no se pueda separar de su alma el espíritu del mal, hay que destruirle á él con el demonio de que está poseido. Para cuando no basta la palabra, nos ha dado Dios la piedra para apedrear. No os dejéis seducir por los que se compadecen del apóstata y dicen que se le ha debido cuidar y no precipitar á tal extremo. Se obra muy bien impidiendo que peque más.

Se habían despertado ideas muy particulares en el alma de Baruch, pues preguntó despues de un

momento: ¿En qué pasaje de las santas Escrituras está prohibido el suicidio?

—¿Qué pregunta!—contestó el rabino con un tono ya agrio;—y Chisdaï añadió: «Está prohibido en el mandamiento «no matarás», que quiere decir ni á los demas ni á tí mismo.

—Son hoy muy singulares tus preguntas,—dijo el rabino á Baruch con tono de cierta reprension.—Este no podía explicarse á causa de su inquietud. Distruido por el extranjero de los pensamientos melancólicos que le dominaban al pié de la sepultura del herético, y fijos ávidamente sus ojos en la tumba, donde bajaban el cuerpo, se imaginaba que enterraban su propio cuerpo y que su alma errante por el mundo y llorosa preguntaba: ¿Se reduce la suerte del que protesta á ser arrojado en el abismo? ¿Quién puede obligar á otra alma, ni áun á la propia, á seguir el camino previamente marcado? ¿Cuán indestructible debía ser el pensamiento que animaba á los restos del enterrado, cuando por él fué capaz de atentar á la vida de los demas y de matarse á sí mismo! ¿Quién se atreve ni á juzgar ni á condenar?

Habían las preguntas del extranjero interrumpido el curso de estas tristes meditaciones, y las palabras del rabino habían hecho renacer la contradicción de que era presa el alma del jóven: en tal ocasion se despertó en su mente un recuerdo de la infancia. La melancolía había penetrado en el corazón del niño, hacía muchos años, la primera vez que había ido al cementerio, cuando fué enterrado su tío Manuel, que, enfermo siempre y sin salir de casa, sólo se ocupaba de cuidar los niños y expresar por mediadores sus deseos al mundo exterior. Después de abandonar todos el cementerio, unos por la escuela, otros por el puerto ó la bolsa, otros por el taller ó por sus quehaceres, volviendo la actividad á su estado habitual como si nada hubiera acontecido, se conmovió el corazón del niño, que no comprendía que las cosas volvieran á tomar su aspecto ordinario como si su tío estuviera en casa. El pequeñuelo lloró al difunto largas horas en su habitación abandonada, cuyas ventanas estaban por primera vez abiertas de par en par, y se indignaba al ver que las gentes habían dejado debajo de tierra al difunto. Procuró su madre,—porque nunca se hubiera atrevido á confiar sus penas á su padre,—tranquilizarle, asegurándole que su tío, ya bueno y sano, lejos de estar solo y abandonado, estaba allá en lo alto, cerca de Dios, de todos sus antecesores y de todos los hombres de bien que le habían precedido. No comprendiendo esto el niño, seguía replicando: «No le has visto, le han colocado en una honda sepultura, han arrojado mucha tierra sobre el ataúd en que dormía y de seguro que no podrá salir cuando despierte.» La ma-

dre intentó convencerle de que sólo el cuerpo había sido enterrado, mientras que el alma estaba cerca de Dios. Aunque algo más tranquilo, no dejó el niño durante algunos días, especialmente cuando llovía y azotaba el viento, de pensar: ¿Cómo se encontrará ahora mi tío debajo de la tierra?

Después había llorado en la tumba de su madre y recordado sus consoladoras lecciones; pero todas las reminiscencias relativas á la muerte de su tío se le habían despertado aquel día al lado de la tumba de Acosta. Igual temor había tenido siempre á la muerte el apóstata que acababan de enterrar.

¿Por qué asedia la misma pregunta á los niños y á los incrédulos? ¿Consistirá en que mientras los unos ignoran las doctrinas reveladas, las rechazan los otros, en la persuasión de que podrán resolver estas cuestiones con sus propios esfuerzos? ¿Quién se atreverá á condenarlos por haber empeñado semejante lucha?

«No seas excesivamente rígido y sutil, porque quieres tu pérdida.» Dijo mentalmente Baruch este versículo del *Eclesiastes* (vii, 17), y se tranquilizó.

Al llegar á la puerta de la casa del rabino, éste recordó con tono solemne á sus discípulos que el día siguiente era el día sexto. Se separaron, cada cual entró en su casa para mudarse en seguida de traje y asistir á la sinagoga.

Se desarrolla el espíritu humano de una manera tan misteriosa como el grano de trigo, que, al caer en el surco y adherirse á un pedazo de tierra, germina y echa raíces sin que nadie pueda penetrar en su misterioso crecimiento. Tal vez son aún más secretas las leyes del espíritu, del cual sólo puede ser comprendido el pasado, pero no el porvenir, sirviendo cuando más para indicarnos un número de puntos fijos en este desenvolvimiento. Además, ningún fruto se produce de un modo enteramente igual á otro; es preciso que la simiente renueve las evoluciones de la vida, que germine y brote, que llegue á ser el tallo vegetal, el arbusto y el árbol para centuplicar la producción del fruto, que debe constantemente alimentar la vida.

II.

LA NOCHE DEL VIERNES.

En una casa próxima á la sinagoga y situada en la muralla, ricamente adornada de ventanas ojivales, se había desplegado aquella noche un lujo inusitado. En una lámpara de plata, colgada en medio del cielo raso de uno de sus salones, lucían hasta siete candeleros que alumbraban varias maravillas. El respaldo de las sillas, despojado de sus habituales cubiertas, con un gran lujo de color y revestido de bordados de seda que figuraban pájaros y flores, casi oscurecía el mérito del precioso tapiz que cubría el suelo. Los vasos y copas simé-

tricamente colocados reflejaban caprichosamente los rayos de luz. Por toda la habitacion, que era muy espaciosa, se extendía un ligero perfume de sándalo. En el centro del salón, debajo de la lámpara, había una mesa redonda, cubierta con un paño lleno de dibujos rojizos, figurando flores. Las copas y vasos de plata indicaban que eran esperados unos cuantos convidados. A uno de los lados estaba colgada una pintura hecha en un pergamino amarillo, debajo del cual se leía en hebreo la siguiente inscripcion: «De aquí procede la vida.» Un marco empañado por la accion del tiempo rodeaba los contornos casi borrados de esta pintura, que representaba una ciudad antigua. En ella se hallaban tambien escritas en hebreo las palabras siguientes: «Y todos los de los pueblos circunvecinos reconocerán que yo soy el Señor, que reconstruyo lo que ha sido destruido y que planto de nuevo lo que ha sido devastado. Yo, el Señor, lo digo y lo hago verdaderamente» (Ez. xxxvi). Representaba la antigua ciudad santa de Jerusalem. ¡Cuánta mirada, apagada ya para siempre, llena de esperanzas y de lágrimas de tristeza se habría fijado en aquel pergamino amarillo! No había más cuadros en estas paredes, adornadas con magníficas colgaduras. Una jóven se hallaba allí tendida en una otomana é inmóvil, con la cabeza blandamente apoyada en su mano derecha, cuyos dedos se ocultaban entre los bucles de su negra cabellera. Su mirada errante, separada del libro de oraciones que tenía abierto, vagaba sin fijeza alguna. ¿Descansaba su alma absorbida en la devocion y pensando en Dios? ¿Había surgido en ella la bruma dorada de algun recuerdo, ó hacía brotar alrededor de sus labios de rosa alguna ilusion soñada del porvenir, un deseo vago, que precipitaba al corazon en sus latidos? ¿Era quizá presa de esta situacion indecisa del alma, entre el sueño y la vigilia, que sorprende habitualmente á la mujer, y que despierta y excita en ellas los deseos sin objeto y las aspiraciones sin nombre? Reinaba en los alrededores el silencio legendario del sábado.

—No me extraña que estés cansada, Miriam,—dijo una voz gangosa mientras se abría la puerta. Miriam se incorporó en seguida, recogió su cabello, besó fervientemente el libro de oraciones, le puso en el borde de la ventana y se apresuró á colocar bien los almohadones del diván.

—«¿Qué significa semejante sorpresa? ¿Acaso es la que entra una bruja? Verdad es que con mirarme es bastante para asustarse; pero no he tenido tiempo para mudarme mi traje de diario, ocupada constantemente en trabajar.» Así habló la vieja Chaje, cuyo traje ridiculo cuadraba perfectamente con el nombre que se había aplicado á sí misma. Un gorro, ennegrecido por el humo, cubría su cabellera gris; algunas trenzas, las más indomables y rígidas, caían

á lo largo de su rostro lleno de arrugas como hijo del otoño; afanosamente procuraba la vieja delante del espejo limpiarse una mancha de carbon que la cogía desde la mejilla izquierda hasta la mitad de la nariz. «Has hecho muy bien,—continuó la vieja, mientras se limpiaba con su delantal de cocina,—has hecho muy bien en echarte un rato. ¿Para qué se quiere este mueble que está aquí todo el año sin servir para nada? De buena gana me acostaría sin comer, pues estoy muy cansada; cuando se cuenta como yo diez y ocho años de servicio, se empieza á flojear. Tambien tú debes estar cansada, pues no es una bagatela lo que has hecho, subiendo y bajando diez veces las escaleras, colocándolo todo por tí misma y haciendo la cama del huésped; pero todo está muy bien, de seguro que se admirará. Es una felicidad que hayas comprado pescado. Vino, pescado, carne, el más pobre entre nosotros tiene todo esto el sábado; sin pescado no puede santificarse el sábado; así está escrito en el Pentatéuco. Eres tan hacendosa, que pronto podrás casarte, me invitarás al ménos á la boda. ¿No lo harás? Procura no elegir un charlatan como tu hermana Rebeca. ¿Has observado hoy el aspecto de tu hermano Baruch? Parece un desenterrado. Temo, temo que tanto estudiar acabe—¡Dios no lo consienta!—por dañar su salud. ¿Qué resultará de este afan de no hacer más que estudiar noche y dia? Mi hermano Abram tenía un hijo, que estudió mucho y llegó á ser tan sabio como Aristóteles; pero se volvió loco. Pero, calla, ya acaban en la sinagoga, preciso es que me marche, no quiero que me vea de esta suerte ningun respetable israelita; ya suben la escalera.» Al acabar de decir estas palabras salió precipitadamente.

Miriam se alegró de verse libre de tan insoportable charlatana. Baruch, el extranjero que hemos visto ya hablando con él en el cementerio, y el padre de Baruch entraron en la sala. Miriam se arrojó delante de su padre, que puso las dos manos sobre la cabeza de su hija y la bendijo en voz baja, diciendo: «Que el Señor te haga semejante á nuestras primeras madres, Rebeca, Rachel y Lea!» En seguida bendijo á su hijo Baruch, diciendo tambien en voz baja: «Que el Señor te haga semejante á Efrain y Manases.» (Gén. xviii, 20). Baruch y su padre entonaron un cántico breve para saludar la legion de ángeles que visitan todos los sábados la casa de los israelitas. Vibró melancólicamente la voz del padre, cuando, segun costumbre, cantó con Baruch: (Prov. Sal. chap. xxxi, v. 40). «Aquel que ha encontrado una mujer virtuosa, etc.» Aunque seguían reinando la belleza y la paz en la casa, fuertemente consolidadas por el celo de la madre, había sido ésta arrebatada á la familia por la muerte, y el dolor de tan triste recuerdo se acibaraba más y más con las alegrías del sábado.

Al mirar el extranjero el cuadro colgado en la pared, le dijo el padre de Baruch: «No le reconoces, es una antigua herencia. Estaba colgado en la cueva que nos servía de Sinagoga en Guadalajara. Lo he salvado á costa de grandes peligros.»

Miéntras los dos amigos hablaban de sus recuerdos, se habían reunido al otro extremo del salon Baruch y Miriam.

—¡Qué sombrío aspecto tienes hoy!—dijo Miriam, arreglando cariñosamente á su hermano los cabellos, que le cubrían la frente.—Acércate y mírate al espejo.

Baruch cogió la mano de su hermana, la retuvo entre las suyas, y sin decir una palabra se dispuso á oír lo que hablaban su padre y el huésped.

—No me canso de dar gracias á Dios,—decía el padre,—por haberte reconocido al pasar. Así, ya conoces á Baruch. Hé aquí la más jóven de mis hijas. ¿Qué edad tienes, Miriam?

—Un año ménos que Baruch,—contestó Miriam ruborizándose.

—Tiene, segun creo,—replicó el padre,—catorce años. Tengo además otra hija mayor, Rebeca, que está casada aquí.

—Tambien yo tengo dos hijos, queridos amigos,—dijo el extranjero.—Mi Isabel es casi de tu edad, Miriam. Mi hijo va á cumplir veinte años. Si vienen acá mis hijos, no dudo que les dispensareis una buena acogida y que cuidareis de ellos, principalmente en lo que concierne á nuestra santa religion, que no conocen aún.

—Pero oye,—prosiguió el extranjero, cruzándose de brazos delante de Baruch,—cuando observo á este jovencito, no me explico por qué no le he reconocido al primer golpe de vista en el cementerio: esa tez morena, esas largas cejas negras, ligeramente sombreadas, enteramente iguales á las de tu juventud, y ese pliegue en esta frente desigual, todos son rasgos tuyos; por el contrario, esos cabellos negros encrespados, esos labios divididos con ese ligero bozo que los rodea, recuerdan la divina sonrisa de los labios de Manuela. Además, cierta audacia insistente de su fisonomía le da aire de morisco, semejante al de su madre. ¡Ah! cuán grande sería su alegría, si viviera, al verme aquí!

Había escuchado Baruch la descripcion de su físico con disgusto y hasta con temor, pero cuando oyó hablar de su origen semi-morisco recordó que Chisdaí se había mofado de él por lo mismo un dia en la escuela. Nada había dicho de esto hasta entonces á su padre. Éste notó la preocupacion de su hijo y dijo al extranjero:

—No puedes negar, Rodrigo, que eres discípulo de Silva Velazquez y que has contribuido en la corte de los Felipes á que las damas descubran las bellezas y las faltas de las demas. Mañana, Baruch,

enseñarás tus dibujos al señor. No seas tímido, pues creo que no te ha ocurrido ninguna desgracia.

—No, no,—replicó el extranjero, acariciando al jóven,—espero que seremos buenos amigos. ¿Has conocido á mi primo, el sabio Jacobo Casseres?

—Personalmente no,—dijo Baruch;—pero conozco su libro *Los siete dias de la creacion*.

Sentados á la mesa, se bendijo el pan y el vino y quedó inaugurado el sábado.

—Es cosa singular lo que me acontece,—dijo el padre despues de la última oracion:—todos los dias me falta tiempo para encender el cigarro tan pronto como acabo de comer; pero el sábado parece que cambian mis inclinaciones; ni aún me ocurre el deseo de fumar, de modo que no me cuesta trabajo obedecer la ley. Nada contestó el extranjero.

«¡Bendito sea Dios!—dijo el padre á poco rato,—veo que conservas aún la costumbre de tu país de mezclar el agua y el vino. A poco que habites con nosotros en estas brumas del Norte, en esta tierra violentamente arrancada al Océano, contra el cual es preciso defenderse á cada momento; en este país, en el cual la mitad del año está endurecido el suelo y el firmamento cubierto de nubes, en donde se respira humedad en vez de aire embalsamado; aquí, en esta nuestra ciudad, donde no corre ninguna fuente y donde hay que buscar muy léjos el agua que bebemos, donde el clima hace al hombre flemático y donde la prevision y la prudencia, que han creado y conservan el suelo, son igualmente las virtudes capitales de los hombres; en tal país habrias de acostumbrarte, créeme, á verter en tu sangre perezosa y envejecida, para que corriera más rápidamente, el vino puro. ¡Oh! qué bello y admirable país es nuestra España, pero está habitada por demonios. Aunque voy muy pronto á bajar á la tumba, veo que no es esta la patria que debiera guardar mis restos.

—Eres injusto,—dijo el extranjero,—miéntras estás tranquilamente sentado á tu mesa, sin temor de que un amigo ó uno de tus hijos vaya mañana á delatar que adoras secretamente al Dios de Israel, olvidas que, en vez de este vino generoso, podría el fuego de una hoguera calentar tus miembros envejecidos. Como no recuerdas más que las alegrías de la patria, no consideras la muerte atroz que nos amenaza por todas partes. Ni las sombras de los frondosos castaños nos convidaban al descanso, ni las ricas selvas nos incitaban al placer de la caza; porque, cualquier dia, estos árboles podían alimentar nuestra propia hoguera, y nosotros mismos llegar á ser las bestias salvajes cogidas por el cazador. Cuando oigo hablar así, daría de buen grado la razon á esos celadores indiscretos que atribuyen todos nuestros sufrimientos á nuestro excesivo amor á la patria, al orgullo y á la voluptuosidad

que sentimos al encontrarnos en medio de los gozes, con la fama que en ella hemos adquirido.

—Sí, sí,—contestó el padre;—pero no echemos á perder la fiesta con tristes reflexiones; vamos, bebamos; Miriam, danos esos vasos venecianos; que te alumbre Chaje á la cueva, y tráenos las dos botellas que últimamente me ha enviado Castro.

—Exquisito,—dijo el extranjero, despues de haber probado el vino que le acababan de servir;—es legitimo Valdepeñas; ¿quién te lo ha proporcionado?

—Como te decía, Ramiro de Castro me lo ha enviado de Hamburgo; se ha criado con nosotros, ha fortalecido con la edad, miéntras que nosotros...

—Hemos vivido tambien, consuélate. Este vino despierta en mí recuerdos disipados há largo tiempo, ¿te acuerdas? Cierta tarde bebimos este mismo vino en la posada próxima á la casa de doña Inés, que te había hecho esperar en balde; diste un puñetazo en la mesa y juraste no volver á verla más, y al dia siguiente todo eran murmuraciones indiscretas: ¡Querido Alfonso! ¡querida Inés! ¡ah! ¡ah!

Advirtió el padre por lo bajo á su amigo de la presencia de sus hijos; pero el extranjero siguió sin hacer caso, al parecer, gustando el vino de su país natal.

—¿Te acuerdas,—replicó,—de aquellas divinas noches de verano, cuando paseábamos por la alameda en Guadalajara? Recuerdo, como si lo viera, que cuando á las nueve se tocaba el Angelus y todos se detenían como por encanto para rezar un Padre-nuestro, cogías convulsivamente el sombrero en tus manos y echabas chispas de tus ojos como si hubieras deseado poner fuego á todo el mundo, y no sólo al corazon de doña Inés; tú has sido siempre un caballero peligroso. ¡Dios del cielo!—continuó despues de beber una nueva copa—aún se cubre mi frente de sudor cuando recuerdo el dia en que nos encontramos en Toledo delante de la iglesia de Nuestra Señora del Tránsito. ¿Ves,—me decías rechinando los dientes,—ves este magnífico monumento? Fué en otro tiempo una sinagoga de nuestros antecesores. El que la construyó, Samuel Leví, logró envilecer una potencia, y sin embargo, ha sido un milagro que hayamos podido salvar nuestra vida.

Así se engolfaban los dos amigos en sus recuerdos juveniles, cuando se atrevió á decir Baruch: «No concibo que se eche de ménos un país, en el cual amenazan á cada paso la traicion, la vergüenza y la muerte.

—Eres demasiado jóven para ello,—dijo el extranjero.—Créeme, aún cuando te fiscalicen el aire que respiras, hay horas y aún dias en que se puede uno considerar dichoso y olvidarlo todo; aún cuando te envuelvan en el oprobio, aunque te arrojen á tí y á los tuyos al lodo, hay un santuario que no

puede violar ningun poder de la tierra, la conciencia de tí mismo y el círculo íntimo de los tuyos. Aun acumulados todos aquellos tormentos sobre nosotros, hemos sido dichosos.

—Pero es intolerable un cisma eterno en el alma, aparentando ser cristianos para el mundo y siendo judíos en el fondo del corazon.

—En eso ha consistido nuestra desgracia. Prácticamente lo he visto en tu tio Jerónimo.

—¿Por qué no abandona lo sombrío de su celda y se viene á vivir con nosotros?—preguntó Baruch.

—Ya ha abandonado su celda, pues ha muerto... Si en tu juventud hubieras sido testigo de esta historia lamentable, hubieras adquirido una saludable esperanza para toda la vida.

—Referidnos tal historia, os lo suplico,—dijo en seguida; y Miriam, que se acercó á la mesa, unió sus ruegos á los de su hermano.

III.

UN JUDÍO DOMINICO.

Despues de beber de nuevo, Rodrigo Casseres contó lo siguiente: «Hará ocho meses recibí una carta de Felipe Capsoli, de Sevilla; me asusté al leer el sobre, que decía: «A Daniel Casseres en Guadalajara.» Sólo un israelita imprudente podía usar mi nombre judío; pero, ¿cuál fué mi admiracion; cuando me enteré de su contenido! «Daniel, decía, llegó el dia de la muerte y de la venganza, quiero morir entre los filisteos. ¡Ah! es necesario que sepan lo que es morir quemado... Ven á verme, estoy vigilado por alguaciles de la Santa Hermandad. ¡En nombre de Dios tres veces santo, por los restos de nuestros hermanos asesinados! te conjuro á que vengas cerca de tu hermano, que agoniza. Jerónimo Espinosa.»

No había lugar á dudas, el mismo Jerónimo había escrito esta carta; los rasgos finos y paralelos y el signo reverenciado del Dios único debajo de la firma, me convencieron de ello. Comunicué á mis hijos mi resolucion de ir á Sevilla, pero tuve la debilidad de dejarme enternecer por sus súplicas y lágrimas y renuncié al viaje. Casi olvidado del pobre Jerónimo, tuve un dia un sueño horrible que me decidió á ponerme en camino al dia siguiente. Con gran tristeza en el corazon abandoné á mis hijos, á los cuales hice creer que iba á Córdoba á ver á su tia. Aunque pasé por esta ciudad, no fui á ver á mi hermana, un impulso invisible me arrastraba violentamente hácia adelante. Llegué á Sevilla... Cuando pasaba por Triana, tocaban la campana del Angelus. «Aquí vives, ardiente Jerónimo, decía en mí una voz interior; marcha hácia la capilla, murmurando oraciones y maldiciendo en tu corazon. ¿No tientas á Dios, atreviéndote, tú, israelita, á for-

mar parte del Consejo de la Inquisición para ayudar á tus hermanos? Entré en la capilla, me arrodillé hasta que terminó la misa, miré detenidamente á los monjes y pregunté á un *familiar* por Jerónimo. Me contestó que Jerónimo estaba hacía dias entre la vida y la muerte y que no hacía más que delirar, hablando con Daniel en la cueva de los leones. Me guió á su celda. Dormía el enfermo con la cara vuelta á la pared, por cima de su cama había un Crucifijo, á su cabecera rezaba un monje, que me rogó no metiera ruido. El silencio sepulcral de la estancia era sólo interrumpido por la trabajosa respiración del enfermo y por el rezo del fraile. Por fin, el enfermo se levantó; no le reconocí: aquellos ojos hundidos en sus órbitas, aquellas mejillas escaldadas y aquellos labios pálidos habían transformado por completo la fisonomía de Jerónimo. Me reconoció, sin embargo, y casi sin mover los labios, me dijo: «¿Aún estás ahí, Daniel? Haces bien en no abandonarme, nada tienes que temer; tú estás también en la cueva de los leones, pero Dios te ayudará á salir como ayudó en otro tiempo á nuestro profeta de Babilonia. Sólo á mí me han chupado la sangre y la médula y no puedo salir. ¿Me abandonarás?»

Abrigaba el temor de que mi visita precipitase su muerte. No me explicaba que hablase como si ya nos hubiésemos visto, y como si no le hubiese nunca abandonado. Hizo señas al que oraba á su cabecera, cogió éste su libro debajo del brazo, y salió.

—¿Se ha marchado?—preguntó entonces Jerónimo.—Pronto, dame lo que traes debajo del manto, que lo oculte en la cama. Cuando todos duerman esta noche, prenderemos el fuego y ofreceremos con todo un gran holocausto para que gocen en ello los ángeles en el cielo. Estoy atado, no puedo salir. Es necesario prender fuego por los cuatro costados á la vez; pero apresurémonos, no sea que el Guadalquivir salga de su cauce para apagar las llamas. Socórreme, que me va á ahogar el agua. ¡Señor, Dios! he pecado, he renegado de tu santo nombre; ya que otras veces te has hecho ver por medio de milagros, cumple ahora uno, destrúyelos; á mí también, que he pecado.

Decía todo esto rápidamente, mientras se golpeaba, sin que yo pudiera impedirlo, hasta que cayó hácia atrás casi sin aliento. Temí que hubiera muerto; iba á llamar, cuando de repente se dirigió á mí, y me dijo llorando: «Ven, dame tu mano pura... pura de sangre de tus hermanos. Ha sido inspiración de Satan, que yo, gusano de tierra, haya querido roer un árbol gigantesco, y expió mi orgullo. He renegado de mi Dios, y tengo una muerte inútil como la vida. ¿No ves ahí á mi padre? Viene á socorrernos. ¿No oyes á los cautivos allí abajo cantar *aleluya*? Si os libertamos, podeis morir. No

me mireis con tanta cólera, reconozco mi falta.» Volvió á caer, y fijó en mí sus ojos. Le supliqué por amor á Dios y á nosotros mismos que se tranquilizase; le referí que había venido, obedeciendo lo que me decía en su carta; le dije que se calmase, que había salvado á muchos, y que Dios en su misericordia, sólo tenía en cuenta la buena intención.

Me habló entonces con gran presencia de ánimo, de su muerte próxima y de lo que se alegraba de ella; pero de nuevo apareció el delirio con más violencia. Me pidió agua bendita, porque decía que mitigaba sus sufrimientos.

Al llegar la noche, se imaginó Jerónimo que le llevaban á un calabozo, que le ponían en el tormento y gritaba incesantemente: «No soy judío, no sé dónde se ocultan. Daniel, no me abandones.» Se durmió, adelantaba la noche, yo me había resignado á morir, pues una sola palabra que nos hubieran oído bastaba para que me llevaran al suplicio; pero por fortuna toda la comunidad estaba aquel día ocupada en la pesquisa de luteranos. Rogué á Dios fuese misericordioso con Jerónimo y le enviase la muerte. ¡Hijos míos! es muy doloroso tener que pedir á Dios la muerte de un amigo de la infancia; pero ¿á qué conducía prolongar su martirio? Sin embargo, estaba escrito que yo tenía que ser testigo de cosas más horribles. Cuando estaba absorto en mis meditaciones, entró un familiar y me mandó que le siguiera á casa del inquisidor. Me arrodillé delante de él y le pedí su bendición. Me la concedió y me dijo en seguida: «Tú, que eres amigo de Jerónimo, si eres verdadero cristiano,—y me dirigió una penetrante mirada,—procura convencerle para que reciba los Santos Sacramentos ántes de morir.»

Volví al lado del moribundo; aún dormía; me incliné hácia él y despertó. «Ven, dijo levantándose, aún hay tiempo. Ves, ya llega Gedeon con sus 300 hombres al campo de los Medianitas. Silencio... no toqueis aún las trompetas, dejadnos cantar la misa mayor.» Cruzó las manos y se santiguó tres veces.

Le rogué, le supliqué, lloré de miedo... Le hablé de nuestra infancia, diciéndole que trabajaba por mi muerte si se negaba á confesarse.

—¿Por qué no me confiesan,—dijo tranquilamente,—no soy sacerdote? Ven, lava mis manos impuras para recibir los Sacramentos.

Volví á casa del inquisidor y le dije que, aunque seguía en su delirio, el mismo enfermo había pedido la Comunión. Reunió el inquisidor toda la orden, y cuando todos iban recitando por el largo corredor los cantos fúnebres, Jerónimo unió su voz á la de los demás. Al terminar cantó él solo un *De profundis* con las manos cruzadas; después separó de repente sus manos, se cubrió la cabeza y cantó en hebreo: Santo, Santo Jehová, Dios de los ejércitos. *Ave Maria gratia plena*, añadió casi maqu-

nalmente. El inquisidor aprovechó este instante para ofrecerle la hostia, que Jerónimo tragó con avidez.

—«El cáliz! el cáliz!—gritó,—soy sacerdote.» El inquisidor le ofreció el cáliz, lo cogió el enfermo con sus dos manos y comenzó á recitar sobre él la bendición judía del sábado; al poco rato se puso enérgicamente en pié y gritó: «A mí, Gedeon ¡romped los cántaros! fuego! fuego!» Llevó el cáliz á los labios, lo separó y lo arrojó violentamente contra la pared. Despues cayó tendido y murió.

El extranjero se cubrió el rostro con las manos; nadie dijo una palabra para no perturbar la emoción de los demás. Reinó un silencio sepulcral. Al poco rato siguió:

«Yo estaba casi desvanecido al lado de la cama de Jerónimo; á mis piés estaba el cáliz que no me atreví á levantar, temiendo encontrar mi verdugo. «Levántate, me dijo uno bruscamente; ¿cómo te llamas?» Dudé, lleno de angustia; ¿oculto mi verdadero nombre? La mentira me hace merecer la muerte. Dije la verdad; me pidieron una prueba. «Nadie me conoce aquí, contesté, pero en Córdoba, mi cuñado D. Juan Malveda puede atestiguar que en la casa de los Casseres en Segovia, en casa de mis abuelos, celebró su primera sesión la Inquisición.» Me admiro aún del valor con que hablé al inquisidor en aquel momento para mí decisivo. «Júrame, dijo despues de una breve pausa; nó, no me jures nada; pero si dices solo una palabra de lo que has visto, mueres en la hoguera con tus dos hijos. Te tengo cogido con lazos invisibles que no puedes eludir.» Mandó á un familiar que me acompañara hasta la puerta del convento. Si se toma á la letra la historia de Jonás, debieron ser iguales á las mias sus sensaciones cuando se vió fuera del vientre del monstruo marino. Me pareció estar siempre oyendo el canto fúnebre, y sin embargo, me rodeaba un silencio no interrumpido. Elevé mi vista á la bóveda celeste; su luz penetró en mi interior y me reanimó; y Dios, el Dios de los ejércitos veló por mí. Llegué á mi casa, ensillé mi caballo y salí á galope como arrastrado por el huracán; hasta el caballo parecía impulsado por una fuerza invisible; galopaba por montes y valles, resoplando y echando espuma. Quizá, pensaba yo, ha entrado en el cuerpo de este animal el alma de algun enemigo feroz de los judíos, tal vez la misma del difunto gran inquisidor, que está condenado á librarme esta noche de mis enemigos.

Seguía teniendo miedo hasta de mi sombra, y no dejaba de clavar mis espuelas en los ijares del caballo... Vosotros los que habeis nacido libres y vivís con libertad ignorais el trastorno que traen á la vida tales sucesos; la tierra desaparece, el cielo se oculta y la imaginación se puebla de fantasmas.

TOMO VI.

Todo es entonces milagro, todo llega á ser incomprendible, y más que todo, la propia existencia... Llegué á casa de mi hermana, en Córdoba, muy fatigado. Cuando fui por la mañana á la cuadra á buscar mi caballo, le encontré muerto. Seguí mi camino en un corcel andaluz de mi cuñado, y al llegar á mi casa habia perdido por completo mi antigua seguridad y mi descanso. En cada amigo que me saludaba cordialmente, en cada extraño que me miraba en la calle creía ver un emisario de ese horrible tribunal, y esperaba que me enseñarían debajo de su manto é inscrita en su pecho la temible *I* rojiza. Dormido ó despierto, nunca me abandonaba la imagen de Jerónimo. Vendí todos mis bienes y partí rodeado de mil peligros, pues ya sabeis que nadie puede abandonar España sin un permiso especial del rey. Envié mis hijos delante y por caminos excusados. No quiero contaros lo que he pasado hasta llegar aquí, porque es tarde.

—Sí, las luces están gastadas y mañana es el día sexto, y es preciso madrugar. Vamos á acostar y que Dios os guarde.—Así habló el padre, y todos se separaron.

La vieja Chaje dormía hacia ya mucho tiempo, soñando con el matrimonio de Miriam, cuando la jóven entró y la despertó. «¿Qué ocurre?» preguntó la vieja, frotándose los ojos. «Roncas tan fuerte y hablas tanto al dormir, que me has infundido miedo,» dijo Miriam. En realidad, el temor procedía de que le parecía á la jóven ver próxima á ella el fantasma de su tío. Chaje le contó su sueño: «Puedes reír lo que quieras, decía ésta, pero no olvides que tan cierto es que lo que se sueña el viernes por la noche se realiza al poco tiempo, como que hoy es sábado para todos.»

Miriam se alegró al encontrar de tan buen humor á la vieja, y logró que la siguiera hablando de su sueño hasta que se durmió, despertando al día siguiente sin miedo yá al fantasma.

Baruch despertó muy preocupado. Aunque no habia visto en la oscuridad el fantasma de su tío, no se habia separado su pensamiento de la historia del extranjero. Con voz fuerte y desde el fondo del alma pronunció Baruch la oración nocturna, y repitió hasta tres veces la fórmula del Exorcismo: «En nombre de Jehovah, el Dios de Israel, á mi derecha Miguel, á mi izquierda Gabriel, delante de mí Uriel, detrás Rafael y á mi cabecera el Santo Espíritu de Dios.» Se echó, cerró los ojos, pero tardó mucho tiempo en dormirse; tan viva era su agitación interior. Hacia poco que se habia dormido, cuando le despertó su padre para ir á la sinagoga.

BERTHOLD AUERBACH.

(Continuará.)

ATENTADO

COMETIDO POR EL PUEBLO DE LONDRES EN 1688
CONTRA LA EMBAJADA ESPAÑOLA.

El fanatismo religioso y la arbitrariedad política de Jacobo II de Inglaterra costaron el trono á este monarca de triste memoria, valieron á la Gran Bretaña su libertad religiosa y política, y ocasionaron á España, en la persona de su representante, una afrenta cual registran pocas los anales diplomáticos. Nuestros historiadores, ó por ignorancia ó por rubor, apenas si la mencionan: los ingleses la dedican tan sólo algunas líneas en són de excusa. Nada, por consiguiente, más natural y justo, á fin de depurar la verdad histórica, que recurrir, para explicar este atentado tan interesante como poco conocido, y tan injusto como impropio de la renombrada sensatez del pueblo inglés, á la correspondencia del mismo embajador español.

Años hacía que D. Pedro Ronquillo, experimentado y hábil diplomático (1), desempeñaba con notable acierto y suma prudencia el cargo de embajador de España en la corte de Inglaterra, cargo á la sazón tanto más difícil, cuanto que atravesaba entónces esta nación el período más laborioso, trascendental y fecundo en sucesos políticos de su historia. El estado de España, tan impotente y abatido como el de su monarca, y el abandono en que sus ministros tenían á Ronquillo (2), así en materia de instrucciones como de pagas, contribuían poderosamente á hacer más angustiosa y difícil la ya harta precaria situación de nuestro representante. Para el buen desempeño de anteriores embajadas y sufragar los gastos de largos y dispendiosos viajes,

(1) Con motivo de su «Misión secreta al reino de Polonia en 1674», tuve ocasión de ocuparme ya de él en esta misma REVISTA.

(2) Muchos párrafos de cartas suyas inéditas podría citar para demostrar la apurada situación de Ronquillo, pero basta el siguiente de su carta al marqués de los Balbases, fechada en Londres á 8 de Agosto de 1688: «Yo lo paso de la calidad que V. E. puede conocer en el tamaño de mis trabajos; los propios los produce la necesidad y los del amo el celo con que le amo. Con esperanzas he engañado y me he empeñado en esta ocasión, y débole decir así, porque lo que ha sido necesario, ajustadamente me cuesta la mitad más, creciendo las deudas y no satisfaciéndoseme el alcance, no comprendiéndose en él los desperdicios que ocasiona la falta de dinero, pues no se ha pasado un maravedí, porque no los he incluido en mis cuentas ni tampoco los reiterados hospedajes.»

Al final de la carta, escribe en la antefirma de su propia letra: «Ha llegado la congoja á no poder escribir, y si esto no viene mejor, será mejor morir que perder el juicio. Confieso á V. E. que ya se me turba y mi corazón desmaya sólo con estas pocas letras.»

Es muy interesante por otros conceptos el siguiente párrafo de la misma carta: «Con mucho gusto recibo la enhorabuena que V. E. se sirve darme del nacimiento del Príncipe de Walles (hijo de Jacobo), que ha de ser el que con el tiempo adelante nuestra Santa religión católica, la unión de este reino y puede ser que nuestras conveniencias; y digo con el tiempo, porque por ahora nada de esto está próximo.»

había tenido Ronquillo que malvender ó empeñar su hacienda y hasta sus condecoraciones y coches, y tanto llegaron á apurarle sus acreedores en Londres, que se vió en la necesidad de mantenerse encerrado en su casa por no exponerse en palacio ó en la calle á ser escarnecido y ultrajado. Como si no bastase este cúmulo de fatales circunstancias, empeoraba aún más su posición la índole misma de las negociaciones diplomáticas, el estado de los partidos ingleses y la desacertada é impopular política de Jacobo II. Ministro de una nación católica, obligábale el interés político y la torpeza del partido jesuítico, que dominaba á aquel monarca, á inclinarse del lado del gran partido inglés, amante de su religión y de sus libertades. Encerrado el rey Jacobo en una red de halagos, dádivas y promesas por el astuto Luis XIV, prefería la amistad y alianza de este ostentoso monarca á los verdaderos intereses de su patria; y á trueque de ejercer despóticamente su autoridad, ensalzar á sus fanáticos secuaces é imponer sus creencias á la mayoría de su nación, prestábase de buen grado á secundar los ambiciosos propósitos del infatigable enemigo de la casa de Austria. Esforzábanse los buenos católicos, y aún el mismo Ronquillo, á quien distinguía sobremanera, en apartarle de tan funesta política; pero, ciego en su propósito, avanzaba de día en día por el precipicio que había de arrebatarse el trono (1). El árduo é importantísimo papel que en aquella gravísima crisis y en los trascendentales sucesos que ocasionaron su solución desempeñó Ronquillo, claramente se deduce, entre otras cosas, por la gran autoridad que los más eminentes historiadores modernos ingleses reconocen en sus despachos, buscándolos con avidez y citando como elocuente testimonio histórico párrafos enteros de su correspondencia. Su acreditada experiencia política, el profundo conocimiento que tenía de todas las cortes europeas, las noticias fidedignas que de todas ellas recibía, su claro talento y extremada sagacidad, le permitían ejercer saludable influencia en los más encumbrados personajes, así de uno como de otro partido.

Previendo el resultado fatal de aquella angustiosa crisis, escribía á su más querido amigo el marqués de los Balbases, el día 11 de Octubre de 1688 (2). «...Cuando me librare de un insulto popular por católico, puede ser que no pueda evitar el del vulgo de los acreedores de oficio, cuando habiéndolos pagado pudieran ser la mayor defensa, y continuán-

(1) «La tema de S. M. Británica á seguir imprudentes consejos, perdió á los católicos aquella quietud en que les dexó Carlos II (de Inglaterra). V. E. asegure á Su Santidad que más sacaré del Príncipe (de Orange) para los católicos, que pudiera sacar del Rey (Jacobo II).» Carta de Ronquillo del 8-18 Febrero de 1689.

(2) Archivo del Excmo. señor marqués de Alcañices y de los Balbases. Correspondencia original é inédita de D. Pedro Ronquillo.

dose el no haber entre todos los de esta casa un maravedí, como dije el correo pasado, dejó considerar á V. E. qué prevención podré hacer ni para estar en casa ni para salir, que será indispensable por el servicio de Dios y del Rey; pero debo á Su Divina Majestad el hallarme en toda la buena disposición que permiten los achaques habituales, pudiendo asegurar que en estas dos últimas semanas jamás he vuelto á casa hasta las tres de la tarde y las doce de la noche.» Son tan preciosas y poco conocidas las noticias que á continuación inserta en esta carta, y muestran tan á las claras el completo conocimiento que tenía, así de los planes y fuerzas que en Holanda disponía secretamente el príncipe Guillermo de Orange, como de los del rey Jacobo, que por ser muchas de ellas aún ignoradas de los historiadores ingleses, las transcribimos á continuación:

«Ya se han aclarado mis prevenidas sospechas de que todo el armamento de los holandeses es para desembarcar en esta isla, y se tiene noticia de que para el 14 ó 15 de este mes, á más tardar, se embarcará el príncipe de Orange: la más moderada de su ejército le compone de 5.000 caballos y 10.000 infantes, y muchos le hacen de 22.000 hombres. La mayor parte de la caballería es la que se compró al elector de Brandembourg y el cuerpo de curlandos que sirve en Holanda con las guardias de á caballo del Príncipe. La infantería se compone de los seis regimientos de esta nación, muy reforzados de las guardias de á pié del Príncipe y lo demás de extranjeros, y todos los rebeldes refugiados se embarcarán. Ahora verá V. E. el motivo de la repugnancia de entregar los regimientos, pues todos son compuestos de rebeldes. La armada consiste entre 60 y 70 navíos de guerra y más de 200 velas, en que viene la caballería y gran cantidad de forraje, y otros muchos pertrechos de levantar tierra. También vienen embarcadas 4.000 sillas, 4.000 pares de pistolas, 4.000 carabinas y 60 piezas de artillería; y últimamente no se ha visto muchos años há tan grande armamento de mar... Dicen que el motivo es conquistar este reino de golpe, y entrar luego en la conquista del de la Francia; pero lo más conocido es que lo público será por defender la Iglesia anglicana, y por ser este Rey aliado del de Francia, pero el fin principal mantener la suposición del Príncipe de Gales, ser este Rey incapaz de la corona por ser católico y querer entrar el Príncipe de Orange en sucesión... S. M. B. está á toda prisa aprestando su armada, y asegura el General que en esta semana podrá navegar con 40 navíos de bonísima calidad y de gran fuerza y 20 brulotes, que si sale á la mar ántes que el arribo de los holandeses, se verá un día bien caliente. Hânse reclutado diez hombres en cada compañía de infantería y caballería, que compondrán el número de más de 4.000 infantes y 600 caballos, y

esta recluta está ya acabada y se está trabajando en la leva de tres regimientos más de infantería y otro de caballería, y se dan á soldados viejos y experimentados, y en uno de infantería está nombrado el maestro de campo Gages (1), que lo es en Flandes del regimiento de escoceses; y ántes de publicarlo me habló este Rey, pidiendo al señor marqués de Gastañaga (2) le diese licencia; y se cree que después de prevenidas las pocas plazas que hay en Inglaterra y 2.000 hombres en Lóndres, podrán luego salir á campaña más de 14.000 á lo ménos. Y se disputa mucho si el Rey se quedará en Lóndres ó se pondrá á la cabeza del ejército; y bien considerará V. E. que para lo uno y otro hay grandes razones y contradicciones, porque la persona real no sólo infundirá valor á las tropas y las hará fieles, pero contendrá mucho á los pueblos, que es adonde está el mayor riesgo.» Las congojas y penas de este celoso ministro español se sienten mejor que en ninguna otra parte en el siguiente párrafo, escrito á continuación de la carta anterior y después de la fecha, de mano del primer secretario de la embajada D. Francisco Antonio Navarro: «Antes de medio día, cuando se ponía S. E. á hacer los despachos para el Rey, llegó el correo de España, y no habiendo traído más que deshaucios en cuanto á asistencias y unas esperanzas tan dilatadas como las del arribo de la flota, cayó en tal melancolía y congoja, que no ha sido posible hacerle formar despachos ni firmar las cartas que estaban escritas, y sólo ha hablado con un hombre que le vino á buscar á cosa de las siete; y á poco rato, sin haberse desayunado desde ayer á medio día, si no es con un trago de cordial por una congoja que le dió, tomó una silla de alquiler, y con un lacayo, quitada la librea, salió de casa. Creo que será á algún negocio de estos tan grandes y tan peligrosos en que está todo, y siendo cerca de las doce y no habiendo vuelto, he juzgado que tendrá á bien V. E. que no se vaya la posta sin esta carta y que en su nombre la firme, asegurando á V. E. que esto ha llegado tan á los últimos términos de la necesidad, que ya es imposible subsistir (3).»

(1) El mismo que en tiempo de Felipe V llegó á ser uno de los más ilustres generales españoles.

(2) Gobernador de los Países-Bajos españoles.

(3) Por este mismo tiempo escribía el Mayordomo mayor de la Reina de España á otro distinguido personaje, residente en Italia y muy amigo suyo, lo siguiente, que copiamos de cartas autógrafas: «Los Reyes pasaron el sábado al Retiro, y el lunes se fué el Rey á Aranjuez, con que ahora es continua mi asistencia. Hubo en las fiestas de Pascua una famosa comedia representada toda de camaristas, que salió cosa muy buena, y sarao, música y intermedios, que ha despertado á las damas de hacer otra, y la Reina de entrar en ella: la ha hecho nueva y apropiada un valenciano. El primer papel de galán, la Reina; segundo galán, la señora Pimentel; gracioso, la Figueroa; primera dama, Francisca Enriquez; segunda, creo la Cardona; graciosa, Emanuela, hija de Abrantes. Hay su música, torneo, sarao y cosas grandes, su teatro y todo recado.» En

Estando la embajada española en este angustioso y tristísimo estado, ocurrió la vergonzosa fuga del rey Jacobo II y los desórdenes y alborotos consiguientes en la ciudad de Londres. Oigamos al mismo Ronquillo la relación de sus desventuras: «Yo he experimentado ya cuanto no se puede creer ni esperar de los efectos de estas revoluciones. El martes se juntó toda la canalla de este pueblo, y acometió la capilla que había sido de los Padres de San Francisco, que estaba vecina á mi casa; y después de haberla echado por tierra y quemado cuanto había en ella, que todo consistía en maderaje, vinieron en tan furioso tropel á la mía, que sin poderles resistir forzaron las puertas, entraron en ella, y me obligaron á abandonarla y ponerme en salvo, como también lo hizo mi familia, esparciéndose cada uno por donde pudo, sin tener tiempo ni más elección que de salvar la vida. A un mismo tiempo acometieron la capilla y la casa, é hicieron en ambas tan furioso destrozo, que por último han quedado con solos los cimientos, y robaron y quemaron cuanto había en ella desde lo más mínimo hasta lo más precioso, sin reserva de cosa chica ni grande, siendo en mí lo más sensible mis papeles y secretaría (1). Yo anduve escondido toda aquella noche de una casa en otra, porque en parte ninguna hallaba seguridad; á mi familia le sucedió lo mismo, hasta que por la mañana nos encontramos todos en el palacio de la reina viuda, en el aposento de un capellan suyo, en donde también fuimos mal recibidos de la reina; y no hallando donde estar seguros, me pareció recurrir á la autoridad del milord meyre de Londres, como quien tenía la primera y la mayor en la ciudad, á cuyo fin le escribí, y la respuesta se redujo á negarme absolutamente la acogida que le pedía. A este tiempo vino en busca mía el maestro de ceremonias de parte del Consejo, que ya se juntaba en Whitehall, á manifestarme de su parte el sentimiento que tenían todos de la atrocidad que la canalla tumultuada había usado conmigo, y haciéndome ofrecimientos de su asistencia para mi mayor seguridad. Y en respuesta de la que yo di al maestro de ceremonias, agradeciendo esta atención, volvió á decirme que el Consejo había resuelto que yo viniese á Whitehall y que se me diese alojamiento para mí y mi familia en el cuarto del duque de York, donde quedo muy asistido del camarero mayor del rey, milord Mulgrave, á quien el Consejo

otra carta poco posterior del mismo, se lee: «La comedia de las damas se prosigue, y todo es ensayos, bailes, músicas y intermedios!!!...»

(1) Perdió también Ronquillo en esta ocasión su rica y escogida biblioteca, reunida con tanto trabajo como celo en sus muchos viajes, «sirviéndole sólo de consuelo el haber tenido prevención de poder consumir el Santísimo» que estaba expuesto en su capilla. Los magníficos ornamentos de la del rey, que habían sido depositados en Wild-House, cerca de Lincoln's-Inn-Fields, residencia de Ronquillo, fueron igualmente pasto de las llamas.

encargó este cuidado, pasando la demostración á haberme por mayor decencia puesto guarda de archeros y ordenado que los oficiales del rey me asistiesen y tuviesen prevenido hospedaje en nombre del gobierno, donde estoy hasta ver en qué para esto, quedando tan en la calle, que nadie salvó más que lo que tenía en el cuerpo. Pero debo decir á V. E. que si bien todos los hombres de juicio, de porte y aún los mismos tenderos sienten y abominan extremadamente el desacato y dicen que es menester que se me dé la reparación y satisfacción condigna, es menester que para que esto llegue á tener una muy efectiva ejecución, se sirva S. M. de mandar hacer en España lo que V. E. verá que le represento, que es el prender, cuando no á todos, á mucha parte de los ingleses que hay, embargándoles sus efectos hasta la cantidad de ochocientos mil escudos, ó bien que se les saque fianzas abonadas, cuando no se quiere pasar á la demostración de la prisión y del embargo de esta cantidad, que será menester largamente para el reparo de la casa y de la capilla, que desde los fundamentos necesitan fabricarlas de nuevo, y para la paga de las alhajas y dinero propio, y de muchos de fuera, hasta de protestantes, que sin noticia mía habían refugiado sus haciendas como en una casa que todo el mundo tenía por la más segura de todo el lugar. Y esto aseguro á V. E. que insta tanto más á que S. M. lo mande ejecutar, cuando viendo ya que los mercaderes de España y de Canarias que han venido en cuerpo á hablarme, los reconozco en el justo recelo y último miedo de lo que se puede obrar en España en esta ocasión, y el riesgo que corren sus haciendas por este caso, ellos clamarán y serán los primeros que obliguen al gobierno ó al Parlamento á que se me dé la reparación que todos gritan y que tienen por más que precisa; porque si esta gente llega á ver que este negocio no se toma ahí como ellos mismos temen que se tome, no se ha de conseguir nada de cuanto hoy quieren ellos hacer, y esto vendría á redundar en grave perjuicio del Rey y deshonor nuestro, no dudando que este desacato se ha cometido en mi casa más por el odio de la religión que por ningún otro pretexto de los que se quisieren ponderar, respecto de que la canalla cuando empezó el tumulto gritaron y dixeron que venían, no á la casa del embajador de España, sino es á la casa de las misas (1).»

En la postdata de esta misma carta (2) añade: «Yo voy cada día padeciendo más, porque sobre la necesidad que V. E. puede conocer que pide una disposición pronta para siquiera poder pasar en una

(1) Está fechada esta carta en Whitehall á 24 de Diciembre de 1688.

(2) Fechada igualmente en Whitehall á 27 de Diciembre.

casa de posadas, se inquietan los acreedores y se hace su satisfaccion más necesaria hácia lo público que hácia mí mismo, y que se tome la resolucíon que propongo con los ingleses, haciéndome creer y no sin fundamento que de aquí se ha despachado correo para España y que esta es una de las razones de no permitir que parta el mio, porque como han visto la atrocidad del exceso, saben que cabe en la razón la resolucíon fuerte que se tomare.» En otra carta del 3 de Enero de 1689 se expresa así: «...A mi entender, el mismo Príncipe de Orange no esperaba lo que experimenta, y yo no me atrevo á decir á V. E. que estamos sin Rey, aunque se ha ausentado, porque es posible que vuelva mañana, aunque yo creo que ahora (1) ha tomado más seguras medidas. Es menester establecer un gobierno suficiente para hacer un Parlamento y hay disputas de quien le puede hacer, y ya se ven grandísimas para cuando esté junto, muchas opiniones y parcialidades, un ejército vagamundo y ahora con más parciales por el Rey que cuando le abandonaron: y todo esto se ha de ajustar ántes de hacer una guerra; y yo dejo al juicio de V. E. si está más á mano el que sea civil que contra Francia. Esta confusión pide más previamente la demostración que he consultado por la violencia recibida, y entibiándose el fervor del escándalo con las ocupaciones propias, es muy fácil que no hagan estos hombres en el Parlamento la satisfaccion y reparacion que deben; y así es preciso que los ingleses de España lo acuerden con sus clamores. El Príncipe de Orange se ofrece todo, mas no reprueba que de ahí venga el movimiento, pues como él dice *hay sobrado paño en España para abrigar la desnudez y reparar competentemente las injurias*. El Príncipe de Orange gustó de que yo quisiese verle enteramente incógnito, y de esta manera he estado una vez con él. Yo no sé qué figura haré no habiendo Rey: no me toca discurrirlo, porque no quiero tener más parte que la de obedecer. La desolacion en que me hallo espero que V. E. la habrá visto por lo que le escribí hoy hace ocho días. Más he sentido la de haberseme levantado con las letras mi mercader: sólo dice que de una manera ó de otra he menester pagar mis deudas, que en la forma que lo participo puede hacerlo con conveniencia, si acaso aquí no se atropellan las sediciones, los insultos y las violencias.»

Perdió á Ronquillo en esta ocasion la excesiva confianza en su conducta como embajador y en las buenas relaciones que entre las dos cortes, española é inglesa, había, no creyendo necesario por estos motivos pedir guardia para la defensa de su casa, como otros embajadores hicieron. De mucho tiempo atrás estaba asociado el nombre de Es-

(1) Se refiere á la segunda evasión.

paña en el espíritu público inglés, así con la Inquisición y la famosa Armada invencible, como con las crueldades de la reina María y las conspiraciones contra Isabel. Añádanse á todas estas prevenciones populares los muchos enemigos que personalmente se había creado Ronquillo entre los mercaderes y comerciantes, porque prevaleciéndose de su privilegio pasaba sin pagar sus deudas, y se tendrá una idea de los verdaderos motivos que á más del religioso impulsaron al pueblo de Lóndres á cometer semejante desacato.

A pesar de las reiteradas manifestaciones de Ronquillo al rey de España y á sus secretarios de Estado pidiendo, como era justo y debido, una reparacion solemne á la nacion española, al mismo tiempo que una indemnizacion á su ministro representante, el Consejo de Estado desechó con orgullo esto último, fundado en que «habiendo sido este hecho por un furor de pueblo, sin consentimiento del Gobierno y ántes contra su voluntad, como lo ha mostrado la satisfaccion que le han dado y le han prometido, parece que no hay juicio humano que pueda aconsejar que se pare á semejante remedio,» y conformándose respecto á lo primero con las simples declaraciones de buena amistad del nuevo Gobierno y con el espléndido alojamiento, suntuosa mesa y regio ceremonial otorgado á Ronquillo en el desierto palacio de los reyes de Inglaterra. Así terminó este gravísimo atentado al derecho internacional, que da á conocer por sí solo la increíble decadencia de la nacion española en el reinado de Carlos II y el abatimiento y letargo de aquella indómita fiereza y brava altivez característica de mejores tiempos.

A. RODRIGUEZ VILLA.

LA NUEVA CALEDONIA.

DE UBATCHE Á BALADE.

El interes de actualidad que resulta de las deportaciones políticas que el Gobierno francés acuerda con frecuencia á la Nueva Caledonia, habría debido inspirar mayor número de publicaciones destinadas á dar á conocer detalladamente y en términos concretos aquel lejano país.

De algunos años á esta parte no han faltado exploradores, y muchos de ellos, antiguos plantadores de la Reunion, han sido personas muy competentes é instruidas, y es lástima que no hayan pensado en seguir el consejo de Miguel de Montaigne de «*escrire ce qu'ils sçavaient*,» contribuyendo por tal modo á dar á conocer las regiones utilizables de aquel país tropical de salubridad excepcional.

En cuanto se ha publicado sobre la Nueva Caledonia se hallan con frecuencia las contradicciones más extrañas: *no llueve jamás*, dicen unos; *las tempestades son cotidianas*, añaden otros; y, sin embargo, tales contradicciones no son con frecuencia sino aparentes, pues los escritores, tomando la parte por el todo, escriben la *Nueva Caledonia* sin designar el sitio, la region ó la tribu, y como aquella tierra es tan larga como de París á Lyon, tiene una superficie de 4.830.000 hectáreas (cuatro veces la del departamento de los Altos Pirineos), está poblada por dos razas indígenas física y moralmente diferentes, y se divide en las regiones: del viento, bajo el viento, Norte, Sur, tiene diferencias climatológicas diversas, grados de fertilidad no ménos distintos, y lo mismo de todo lo demás.

Comencemos por el puerto de Ubathe, situado á la orilla del mar en el extremo Sudeste de un valle formado por cuencas costaneras, encerradas entre las derivaciones Noroeste del cabo Colnett, por el cual principi6 el ilustre Cook el 4 de Setiembre de 1774 la exploracion de la tierra que á él debe su nombre europeo.

El establecimiento de Andrew Henry, colono europeo atacado dos veces por los salvajes, dió origen á la creacion en 1869 de un puesto militar cerca de su morada y encargado de defenderla, compuesto de una treintena de hombres mandados por un oficial, á cuyo puesto se añadió luégo un taller de unos cincuenta *obreros de la transportacion*, eufemismo usado por el gobierno local para designar á los presidiarios *transportados* á Nueva Caledonia.

El valle, de una superficie cultivable de cuatro kilómetros cuadrados, ó 400 hectáreas, es sumamente agradable, y la feracidad de su suelo contrasta muchísimo con la mayor parte de los terrenos áridos del Norte de la isla. Ubathe está llamada á tener gran importancia agrícola en porvenir no muy lejano; pero para conseguirlo necesita brazos activos y experimentados que sepan sacar partido de su hoy inculto suelo.

Como todas las islas montuosas de la zona intertropical donde soplan vientos generales, Nueva Caledonia tiene una region, abundante en lluvias, llamada *del viento*.

Las altas montañas dominadoras, como el cabo Colnett, de la vertiente oriental de la isla, contra las cuales los vientos de alta mar hacen chocar una capa de atm6sfera tibia, cargada de evaporacion del Océano, condensan, enfriándolos, los vapores de dicha capa, resolviendo en lluvia la mayor parte de su humedad, y no permitiendo pasar al otro lado de los montes, *bajo el viento*, sino una corriente de aire relativamente seco. De todo esto resulta que, en la region donde se levanta Ubathe, las lluvias son frequentísimas y cotidianas durante los cuatro

meses invernales; y, de consiguiente, es considerable el número de corrientes de agua; cuyas aguas, venidas de un terreno granítico cubierto de espesos bosques, son de una limpidez completa y de una frescura tonificadora.

La region *forestal* de Ubathe parte desde las altas crestas de las cercanías y desciende por término medio hasta la mitad de su altitud. Tras los bosques sigue, en mesetas intercaladas, una zona, completamente irrigable, de terrenos de *pastos*. Al pié de ésta se extiende una tercera faja de llanuras *cultivables*, formada por los aluviones de los rios y arroyos venidos de los bosques, sumamente rica en materia vegetal disgregada ó humus. Una cuarta banda de terreno, pocas veces interrumpida, forma una hermosa cortina de *cocoteros*, los cuales ocultan, por dicha del plantador, el aspecto melancólico de la quinta y última zona de los *paletuvios*, especie de bosques marítimos de color sombrío y triste efecto.

El hermoso valle solamente cuenta al presente unos 150 á 160 habitantes indígenas; pero no siempre ha sucedido lo mismo, como puede comprobar el ménos atento observador, poseido de asombro al contemplar los ingeniosos sistemas de riego por escalones construidos con arte por todos lados. Aquí un arroyo, obligado á torcer su curso para ir por un collado á regar los escalones de la vertiente opuesta; allí un murallon ó un gigantesco sumidero reunen, con el mismo objeto, las aguas de un vallecillo formado por pendientes cubiertas de arbolado.

Estos trabajos hidráulicos alimentaban grandes espacios cultivados, y son testimonio irrecusable de una poblacion en otro tiempo numerosa, inteligente y trabajadora, la cual ha desaparecido, ó cuya descendencia degenerada son los Canacos actuales (1).

Saliendo de la estacion de M. Andrew Henry y dirigiéndose hácia el Noroeste paralelamente á la costa, se llega á *Balade*, á 25 kilómetros de Ubathe, pasando por Pueblo, á 10 kilómetros, donde hay una *mision marista* y un *puesto militar*, uno á cada lado de un hermoso rio, sobre el cual hay un puente construido con troncos de cocoteros, puentes comunísimos en un país en el cual cada 500 metros corre un rio. Cuando se trata de un curso de agua de cierta extension es necesario ser algo equilibrista para no tomar un baño; por ejemplo, el rio Gauric tiene 85 metros en el sitio donde está el puente, formado por diez y nueve caballetes en forma de X, en cuya abertura superior están colocados horizontalmente, unos á continuacion de otros,

(1) Llámase Caneco, ó Kanak, palabra de origen tahitiano, de la lengua maori, que significa *hombre*, á todo natural de la Océania.

para servir de tablero, veinte cocoteros sin cuadrar, ó naturales, cuyo balanceo es más fastidioso que su pequeña anchura.

La primera mitad del itinerario de Ubathe á Balade es espléndida; y cuando por primera vez seguí aquel camino, era una de esas mañanas hermosas y cortas, cuya existencia no es posible sino en las islas de los trópicos. Un aire fresco y vivificante, embalsamado por una vegetación que solamente desea vivir, llenaba mi corazón de un sentimiento de bienestar que de buen grado llamaría confianza en la vida. Nada faltaba á aquel cuadro encantador, alegrado por el canto matinal de una tropa con variado plumaje, entre la cual sobresalía un pequeño gorrion de un verde metálico y cabeza escarlata, cantor infatigable de escalas amorosas.

Después de mi paso, aquel hermoso paisaje ha sido teatro de sucesos trágicos, y ya no podrá pronunciarse el nombre de Uvanu sin asociar el recuerdo del asesinato del brigadier Bailly, comandante del puesto de Pueblo en 1867, el cual no fué por desdicha la única víctima.

Napoleon Varebate, gran jefe (1) de la tribu de los Muelebes, católico ferviente, vió con disgusto la instalación en el territorio de su tribu de algunos colonos europeos, unos protestantes y otros católicos indiferentes, colonos que, sin embargo, no ocupan sino algunas hectáreas; pero la intolerancia religiosa y el temor de ver invadir su país por los blancos eran los motivos impulsivos de los Muelebes para cometer acciones criminales no justificadas por las pequeñas antedichas usurpaciones.

Desdichadamente los misioneros católicos de la sociedad de María no quisieron ó no pudieron intervenir en favor de los colonos, y su silencio solamente sirvió de estímulo á los Canacos. Napoleon Varebate quizás no hubiera obrado con tal prontitud sin su primer ministro Jerónimo Muhoira, especie de Bismark color de chocolate, solapado diplomático, al contrario de su jefe, naturaleza más abierta, y aficionado á jugar á cartas vistas.

Verificóse un gran pilu-pilu ó meeting, y en él decidieron los Muelebes la necesidad de purgar de blancos al país.

La autoridad de los jefes es grandísima en sus tribus, y raras veces son desobedecidas sus órdenes, sobre todo si á la expresión de la voluntad añaden la entrega del medio de realizar la orden, el cual no puede ser devuelto sino después de ejecutado el mandato. Napoleon designó dos Canacos recientemente castigados por el brigadier Bailly,

(1) En caledonio *Teama*, ó por abreviación Tea; por ejemplo, Tea Puma, jefe de la tribu de Puma. Las denominaciones de *Aliki* ó *Ariki* de la lengua maori sólo se usan en la Nueva Caledonia para designar á los jefes entre una porción poco numerosa inmigrada de la isla Uvea, del archipiélago polinesio de las Wallis.

los cuales eran hermanos, y ciertamente no habían olvidado el castigo, y les dijo dándoles dos rompe-cabezas: «Demene y Ven-urini, os doy estos rompe-cabezas para que mateis al jefe del puesto.»

La mejor prueba de que ambos ejecutores pensaban efectuar un acto meritorio, bajo el punto de vista religioso, es que los dos comenzaron por comulgar. El 7 de Octubre de 1867 fueron ejecutadas las siniestras órdenes de Napoleon Varebate, ensangrentándose Uvanu con la sangre de sus víctimas.

Pido al lector perdón por esta digresión lúgubre, y vuelvo á mi excursión á Balade.

La segunda mitad del camino tiene también hermosos paisajes; pero poco á poco la aridez se extiende las altas; montañas, descuajadas por el incendio, no alimentan fuentes, las aguas son ménos y naturalmente también los cultivos.

De esta comarca decía Cook (1): «Las plantaciones exigen extraordinarios cuidados por causa del poco fondo del suelo, y por eso no he visto en ninguna otra isla del mar del Sur cavar á los isleños como cavan los Neo-Caledonios.» Lo mismo ocurre ahora.

Balade, llamado Uebunu por los naturales, fué el primer punto visitado por el ilustre descubridor, y también el primer puesto establecido por el contralmirante Febvrier-Despointes, quien construyó en 1854 allí un cuartel fortificado por medio de blockaus, uno y otros arruinados ya hace tiempo.

Creyóse por mucho tiempo ser Balade el nombre indígena de la isla, siendo el de una pequeña porción de la tribu de los Puma, con la cual entabló Cook sus primeras relaciones.

Como todos los pueblos primitivos, los Neo-Caledonios acostumbran á nombrar al país con el nombre de sus habitantes; por cuya razón la isla tiene tantas denominaciones como tribus, es decir, unas cuarenta.

Diez años antes de tomar Francia posesión de la isla Balade había sido visitada por misioneros anglicanos y católicos; y en 1843 el *Bucéfalo*, gabarra del Estado, mandada por M. de La Ferriere, desembarcó á los primeros padres maristas.

A la distancia de una milla marina, 1.852 metros, hay un islote de arena, llamado Pudiue por los Pumas, donde fué enterrado el caballero *Huon de Kermadec*, capitán de navío y comandante de la *Esperanza*, venida con la *Recherche*, bajo las órdenes de *Bruny de Entrecasteaux*, á permanecer veinte días en el mismo fondeadero ocupado por Cook veinte años antes.

Huon de Kermadec sucumbió á las fatigas de la campaña. Túvose mucho cuidado de que los natu-

(1) Viaje de Cook en 1774.

rales ignorasen la triste ceremonia, pues ya se sospechaba acerca de su canibalismo.

El comandante de la corbeta *Heroína* plantó una cruz sobre la tumba en 1846; los misioneros la quitaron en 1847, cuando fueron expulsados por los isleños, para no atraer, por medio de la señal de la paz, á los navegantes á aquella costa de comedores de hombres.

Durante veintitres años un monton de corales sirvió de monumento á Huon de Kermadec, hasta que en 1870 se colocó una tabla de mármol con una inscripcion conmemorativa, en honor del distinguido navegante, merced á los cuidados de la marina.

La mision marista de Huaga, fundada en 1856 por el R. P. *Rugeyron*, gozó de aparente tranquilidad hasta 1862; pero desde entónces comenzó la mala inteligencia entre los naturales neófitos y las tribus no convertidas de las cercanías. A las contestaciones sucedieron muy pronto los actos abiertamente hostiles; y, por fin, los Canacos pusieron sitio á la mision. Para someter á los agresores, envióse una expedicion, fundándose en Huagap un puesto de treinta hombres mandados por un oficial.

El penúltimo comandante de este punto, teniente *Tonnot*, hombre muy valiente, se distinguió por la captura del jefe *Gondu*, especie de ogro que había llegado á ser legendario en el país. Lanzadas inútilmente sobre su pista expedicion tras expedicion, jamás los blancos pudieron cogerle, y entónces M. Tonnot adoptó el partido de ponerse al frente de trescientos guerreros Neo-Caledonios, *sin ningun europeo*, para buscar por sí mismo al monstruoso antropófago, quien, no creyendo capaz á un blanco de semejante audacia, no tuvo tiempo de huir.

El puesto de Huagap está situado á 75 kilómetros al Sureste de Ubathe, cerca del cabo *Tuo* y de la embocadura del rio *Tiucca*, al cual el *Journal officiel* ha mencionado particularmente por ser más ancho que el Sena en Paris; pero esto es una exageracion, pues el punto de aquel rio donde el agua deja de ser dulce, durante la baja marea, tiene 63 metros de ancho entre las dos orillas, es decir, la mitad del Sena; despues el estuario se extiende más, pero ya no es aquello el rio.

Los grandes rios son imposibles en una isla tan pequeña, y el único de alguna importancia, nombrado *Diaot de Bonde*, la tiene por correr por un valle paralelo á la mayor extension de la isla.

Afortunadamente, y en compensacion, si los verdaderos rios son raros, en cambio hay una prodigiosa cantidad de arroyos, todos importantes para la agricultura, y algunos, por su estuario, tambien para la navegacion costera.

La importancia de la vegetacion de aquella tierra tropical, rebajada por unos, ha sido exageradamente enaltecida por otros, y como la exageracion

del valor de una cosa le hace perder el que tiene realmente, hemos visto volver desencantados á muchos exploradores por esta sola razon.

Mis ocupaciones técnicas me proporcionaron ocasiones de seguir paso á paso las tentativas hechas por varios plantadores, los cuales, imparcialmente juzgados, me convencieron de que, sin realizar las quiméricas esperanzas de algunos soñadores, pueden conseguirse excelentes resultados prácticos, no saliendo de los tres productos de la agricultura tropical: azúcar, café y algodón.

En cuanto á la geografía antropológica, la Nueva Caledonia ha sido clasificada, entre las tres grandes divisiones oceánicas, en la denominada *Melanesia*, la cual ocupa el inmenso espacio comprendido entre el ecuador y el grado 45 de latitud Sur, y los grados 110 y 180 de longitud oriental de Paris.

Esta division ocupa parte de las islas de la *Australasia* de los ingleses y de la *Australkihlades* de los alemanes.

Otros más autorizados discutirán el fundamento de estas distintas clasificaciones en cuanto á la tierra en cuestion aquí, pues los estudios acerca del origen de los pueblos oceánicos presentan dificultades ante las cuales los eruditos no están de acuerdo. Yo me limitaré á dar al lector la parte menos hipotética de mis notas sobre la poblacion autoctona Neo-Caledonia.

Las cuarenta tribus indígenas forman dos grupos muy distintos, procedentes ambos del cruzamiento de las dos razas, *papuasia* y *polinesia*.

Este doble origen se apoya en dos razones geográficas de gran peso; respecto á los *papuas*, las cadenas de islas que se extienden al Nordeste de Nueva Caledonia por las Nuevas Hébridas, islas de Laperuse y de la Luisiada, hácia la Nueva Guinea ó Papuasia, aparecen como los arcos rotos de un puente gigantesco, y despiertan naturalmente la idea de un paso de una á otra por medio de la navegacion costera de las piraguas, pues, por perfeccionadas que estén, bajo el aspecto náutico, es imposible admitir la hipótesis de un viaje directo, contra las corrientes y los vientos generales, por el inmenso espacio entre Nueva Caledonia y Papuasia, como piensan algunos viajeros.

En cuanto á los *polinesios*, las corrientes marítimas y los vientos alisios, han debido desempeñar un papel importantísimo, siendo una ventaja para la inmigracion polinesia lo que era desventaja y obstáculo para la papuasia. Esta circunstancia explica la presencia de los *Ureas* venidos de las islas *Wallis* á Nueva-Caledonia (despues de haber hecho una etapa en la más septentrional de las islas Loyalty, á la cual dieron su nombre), si dicha presencia no fuera relativamente reciente, segun indica una tradicion muy probable.

Débase al cruce de los Uveas con los primitivos habitantes Papuas los bellos hombres no raros de hallar entre los *Aramas*, *Pumas*, *Cumacs* y en la misión de *Puebo*, convertidos estos, pues aún existen Uveas á quienes el bautismo no ha limpiado del pecado original, sin que la reputación de antropófagos, gozada por estos infieles, impida á los Uveas cristianos mantener con ellos relaciones de comercio y amistad; por eso no pasa un día sin que algunos de estos comedores de carne humana aparezcan en el pueblo, acompañados con frecuencia de su bronceada mitad.

Un puñado de pelos de ruseta (1), un rompe-cabezas de madera de palo santo para trocarlos por tabaco, pipas, anzuelos ó tela encarnada, es casi siempre el motivo de su visita.

Si el salvaje visitante ha logrado por su industria procurarse un pantalon ó una camisa, ¡oh! entónces entra triunfalmente en la casa de sus bautizados congéneres; pero esto es raro, sin embargo, y por lo comun aparece en medio de ellos vestido á la moda de su tribu, es decir, en una desnudez que sería más decente si fuera completa.

Algunas veces, sin duda, para atenuar la excesiva sencillez de su traje, se cubre el cuerpo de negro de humo y aceite de coco, y adorna su peluda cabeza con una hoja de heliconia, atada en forma de turbante con el mismo cordón que le sirve de honda. Este atavío se completa constantemente con una pipa, raras veces ociosa, pues los Canaques de ambos sexos son fumadores apasionados.

La compañera del indígena, la *popine*, le sigue, vestida un poco ménos sencillamente, con la cintura rodeada por un cinturón fabricado con fibras de pandanus, y llevando á su pequeñuelo en una especie de estera sujeta al cuello y echada sobre la espalda, cuando marcha.

La aparición de estos hijos de la naturaleza se armoniza mal con la heterogénea decoración de un pueblo de neófitos, y están mejor colocados en los bosques, donde interesa más el Neo-Caledonio en plena maleza.

Esta suerte tuve una vez en Febrero de 1870, entre los *Gomenes*, al pié del monte *Caala*, yendo con el R. P. *Empreint*, misionero marista, y cuatro Canacos de la tribu pagana de los *Pumas*. Estábamos despachando un frugal almuerzo á la orilla de un fresco arroyo, en un sitio delicioso sombreado por un grupo de cocoteros de los más hermosos, cuando de pronto tuvimos la sorpresa de ver salir del bosque seis naturales, cinco varones en traje de guerra

y una hembra. Nada más extraño que aquella sociedad muy poco vestida, pero en cambio ámpliamente pintarreada, hablando en alta voz y gesticulando extraordinariamente. Acostumbrado largo tiempo había á aquellas apariciones, la desnudez de aquellas hermosas personas me parecía infinitamente preferible á la mayor parte de los disfraces ridículos con que se cubren los pueblos á quienes el clima obliga á vestirse. Es necesario hacer justicia al Neo-Caledonio del interior, al no inficionado por el contacto con los mercaderes de la costa, el cual es muy pudibundo, y sabe ocultar con gran cuidado las enfermedades y deformidades con que la naturaleza aflige al hombre.

En un santiamén estuvieron en medio de nosotros, y miéntras el reverendo padre, conocedor de su idioma, se informaba del objeto de su visita, nos entregaron sus pipas vacías, las cuales nos apresuramos á llenar.

El traje de aquellos *tayos* (1) era el arriba descrito, más un hilo á guisa de cinturón, en reemplazo del pantalon y la camisa; y la honda, como todos los Neo-Caledonios, la llevaban sujetando su adorno de cabeza en forma de turbante. Cada uno tenía en las manos un rompe-cabezas y una ó dos zagayas.

La expresión de sus fisonomías estaba llena de honradez, y en vano busqué en ellos el sello feroz y solapado atribuido generalmente á los comedores de hombres.

Miéntras tanto, mi piadoso compañero de viaje les preguntaba acerca de su inesperada aparición á tal hora, á lo cual respondieron: «Blackmen pullué to Ubathe, look Teama belong men-oui-oui, speak to him Tea-Gomene all same tayo tayo.» Traducción libre: «Somos embajadores enviados por el gran jefe de la tribu de los Gomenes al comandante superior de las circunscripciones del Norte (2).»

Muchas veces traté de obtener de los Neo-Caledonios no cristianos algunas noticias acerca de sus creencias religiosas; pero sus contestaciones sobre este punto me dejaron constantemente en la mayor confusión. Sin embargo, creo poder asegurar que son antropomorfistas, y el gran jefe *Cunna* de *Bulu-pari* me citó á uno de sus antepasados, el cual había conocido mucho á un potente personaje que trasportó sobre sus hombros el monte Vitiampo, precioso piloncillo de azúcar de granito de 700 metros de altura. Por estos rasgos se conoce á los héroes y semi-dioses de todos los paganismos;

(1) *Tayo*, expresión familiar, por medio de la cual se designa habitualmente á los Neo-Caledonios. Esta palabra pertenece á la lengua maori, y ha sido importada de Tahiti, donde significa *amigo*.

(2) No se haga responsable al traductor español, ni del original, *soi-dissant* Neo-Caledonie y en realidad medio inglés, ni de la traducción de la respuesta dada por los embajadores. Nadie como los franceses para *toupet*.—(N. del T.)

(1) La ruseta Neo-Caledonia difiere poco de la de las islas Tonga, *Pteropus tonganus*, descrito por los naturalistas del *Astrolabio*, Quoi y Gaimard. Los indígenas fabrican cordones con el pelo de este animal, los cuales llevan las mujeres como nuestras señoras llevaban no hace mucho los *stgueme*, *pollo*.

el citado parece ser el Hércules Neo-Caledonio.

Dudo que tengan un sistema teogónico, y no he hallado sino supersticiones, algunas de las cuales, no obstante, manifiestan cierto sentido místico combinado con el instinto de observacion de los fenómenos astronómico-meteorológicos.

Por eso entre los *Payac* las mujeres son *tapu* (1) durante la luna nueva, y la repeticion de las tempestades en la neomenia por toda la extension habitada por dicha tribu, los ha inclinado á atribuir el trueno al *conjungo* del Sol con la Luna, por cuyo motivo temerían cometer un sacrilegio peligroso si imitaran, durante aquel espacio, á las celestes potestades.

Para concluir estas líneas acerca de un país de que tanto podría decirse, no puedo dejar de expresar mi sentimiento por contemplarle sacrificado por los bandidos y asesinos.

Como ántes dije, aunque situada en la zona tórrida, la isla debe á su hermoso cielo, á su aire puro, á la dulzura de su clima, á la abundancia de sus aguas, y sobre todo á la finura de sus brisas, un grado excepcional de salubridad. Su suelo cultivable es extraordinariamente fértil. Los animales domésticos se aclimatan perfectamente, y existe ya un tipo de caballo Neo-Caledonio, como montura para los terrenos quebrados, muy preferible á los caballos importados de Australia.

El país posee hermosos bosques, que no desean sino proteccion contra los incendiarios.

A las ventajas y recursos ya enumerados se unen, en cuanto al reino mineral, la malaquita, el hierro especular y el oro.

(1) *Tapu* ó *Tabu*, expresion familiar de cierto número de tribus oceánicas, cuyo origen es el mismo de los maoris, usado, sobre todo, en Tahiti, Haiatea, Bora-Bora, en las islas de los Navegantes, etc., etc., y generalmente empleada por los viajeros europeos para designar un estado de interdiccion, durante el cual las personas ó las cosas protegidas ó condenadas por ella se encuentran, segun las creencias de los indigenas, bajo la inmediata dependencia del Gran Espíritu.

No se puede quebrantar tal interdiccion sin exponerse á las consecuencias más funestas, á ménos de destruir su accion por medio de ciertas ceremonias, exclusivamente dedicadas á los niños y á los ancianos.

Existe el *tapu involuntario*, resultado de acontecimientos parciales, como nacimientos, muertes, ciertas indisposiciones periódicas, etc., el cual sufren las personas á quienes ocurren los acaecimientos, ó los parientes de las mismas.

El otro *tapu* es el *facultativo*, y se emplea con frecuencia para hacer inviolables los objetos cuya posesion se quiere asegurar; un campo de ignamas, una choza, una red de pesca dejada junto á un camino, etc. En tal caso, los Neo-Caledonios plantan delante del objeto *tapuado* una vara, á la cual atan un puñado de yerba seca, y, si pueden, un giron de tela encarnada.

En Nueva-Caledonia casi cada tribu tiene sus términos propios para designar los varios *tapus*; en la costa Occidental los más usados son *te* y *tonia*.

Los colonos llaman *tabus* á las chozas redondas de los jefes, casi como los argelinos emplean la palabra *marabut* para designar ciertas construcciones del culto musulman.

No hay la menor exageracion optimista en cuanto precede, y opino que lo impuesto como pena á los forzados, pudiera ser una recompensa envidiada por muchos hombres de bien.

JULIO PARQUET.

APUNTES PARA LA HISTORIA
DEL
TEATRO ESPAÑOL ANTIGUO.

Al Sr. D. Manuel Cañete.

Cuando yo empezaba á manifestar mis aficiones literarias, ya usted, Sr. D. Manuel, pasaba por el primero de los críticos dramáticos españoles.

Cuando yo comencé á hombrearme—como académicamente se dice en lo moderno—con algunos de nuestros distinguidos escritores, entre ellos con el más maestro de todos, con D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, supe por conducto de éste que al leer, ú oír leer, una carta que yo dirigía al autor de *El libro de Santoña*, usted había pronunciado palabras que me honraban sobremanera; y hé aquí el motivo de dedicarle este mi primer artículo sobre el teatro antiguo.

El *Juicio crítico* del drama *Don Francisco de Quevedo*, de D. Eulogio Florentino Sanz, lo dediqué al sapientísimo Sr. D. Aureliano, al cual respeto como á un padre y venero como á un maestro. ¿A quién mejor que al ilustrador de Quevedo podía dedicar mi primer estudio sobre el teatro español moderno? Y despues de todo, le debo tantos favores, que con mi agradecimiento, que es inmenso, jamás podré pagar la más insignificante de sus bondades. Él fué para mí padre cariñosísimo cuando, conociendo mi aficion al estudio, pero tambien mi falta de títulos, me propuso para individuo correspondiente de la Academia de la Historia (1). Es verdad que con ello consiguió el discreto D. Aureliano que yo, por tratar de corresponder á sus favores, escribiera dos ó tres tomos sobre la historia é instituciones de este país, que verán la luz pública cuando las cosas de por acá estén más tranquilas.

A usted, que si competente es en el teatro moderno lo es muchísimo más en el antiguo, sobre el

(1) La propuesta en mi favor de individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia fué firmada por los Sres. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, D. José Amador de los Ríos y D. Eduardo Saavedra y Moragas. Aprovecho esta ocasion para darles ligerísima prueba de mi agradecimiento, por la merced que recibí de dos varones tan eminentes que con ellos se honra el nombre español y la Academia que los cuenta en su seno. Tampoco deseo mostrarme ingrato con esta corporacion; pero á ella quisiera dedicar, en prueba de mi afecto, algun libro que mereciera la pena de ser aceptado.

cual sé que tiene usted escritos *cinco hermosos volúmenes*; á usted, á quien yo debo frases que no merecía, debo dedicarle estos *Apuntes del teatro español antiguo*, para darle una prueba de mi agradecimiento.

Explicada la osadía de mi dedicacion, lea usted ahora el motivo de haberlos principiado á escribir.

Gústame, sobre toda ponderacion, estudiar y discutir sobre el teatro, y tengo singular complacencia en hablar detenidamente de él con personas competentes y que juzgo superiores á mí en la materia.

Entre las muchas que hay en todas partes—porque yo calzo poquitos puntos, no sé si por falta de instruccion ó de talento, pero sí que no de voluntad—hay aquí una que descuella notablemente entre las más entendidas en el asunto. Es el señor don Juan Aldama, bibliófilo consumado, erudito á su manera, de gusto escogido, pero tan modesto y agazapado en su conejera, que no hay medio humano de que se lance por esos mundos de Dios para enseñanza de ignorantes.

He dicho que es entendido, y tanto, que si le diera por escribir, además de quitarnos la vez á los *rebuscadores*, había de hacerse un buen lugar entre Hartzenbusch, Cañete, Mesonero Romanos y Guerra, que á tanto y á todo llegan sus fuerzas, contrarrestadas y vencidas por su exagerada modestia.

Uno de los últimos dias del mes de Diciembre del año 1874 fué á visitar, y despues de admirar los magníficos cromos de las *Mujeres célebres*, y la *Crónica de la corona de España*, magnífica obra del siglo XVII, tan magnífica, que ninguna de las modernas la iguala; y de leer unos curiosos manuscritos autógrafos de Macanáz, Alberoni, etc., que otro dia publicaré comentariados, porque no dejan de tener importancia para la historia del reinado de Felipe V; y de leer y hojear la edicion del *Quijote* de Lopez Fabra, encuadernada en pergamino al uso de la época de su primera impresion, y la de Clemencin, y la fotográfica, y la de D. Jerónimo Morán y Dorregaray, y... qué se yo cuántas más, que esta es su pasion favorita y principalmente la mia, tócleles el turno á unas cuatro mil y pico comedias antiguas que, por ser de Calderon y Lope muchas de ellas, no podían sufrir con paciencia tan inexplicable olvido.

Habiamos llegado al lado fuerte de D. Juan Aldama. Brotaban de sus labios las observaciones curiosas sobre todos los autores; hacia comparaciones de obras de distintos dramaturgos con acierto especial; apenas citaba un autor, cuando se le ocurría otro, y luégo otro, y luégo un monton de ellos y un monton de sus obras que hallaba siempre oportunidad de decir; y cuando hubo barajado á su gusto todas las obras y todos los autores con gran asombro mio y

de un jóven escritor aleman, simpático á primera vista, y á primera y segunda para mí, por la gran aficion que á Cervantes mostraba, y más enterado de nuestras cosas de lo que su juventud prometiera, me preguntó con una naturalidad que me dió envidia:

—Fermin, ¿por qué no se dedica usted al estudio del teatro antiguo? Aquí tengo muchas obras que están renegando de no encontrar crítico que las sacuda el polvo del olvido.

—Los honores le corresponden al dueño de la casa,—le dije.—Hago causa comun con esas obras; sus quejas me parecen fundadas, y no acierto á comprender cómo usted, que tanto las conoce, no ha echado á volar sus bellezas, hoy que hasta las bellezas del alma á son de pregon se anuncian.

—A la vejez viruelas, podría yo exclamar con Tirso,—dijo él.

—Y nunca más peligrosas ni con más fuerza,—contestéle yo.

—Es que yo no estoy en su edad de usted para poder escribir.

—Ha pasado usted de ella, y nunca es viejo un escritor que tiene la mente sana y fresca.

—Gracias, Fermin; pero dejemos esto: yo gozo mucho con hablar de *mis* obras, y quiero que usted escriba sobre ellas.

—Por Dios, Sr. D. Juan, que fuera para mí placer inmensísimo el trabajar en union de usted.

—No, el trabajo será de usted; yo le daré las obras que usted no tenga y...

—Y las observaciones, y la direccion, y...

—Esto sería comerme lo que no he guisado.

—Aquello sería adornarme con plumas de pavo real.

—Bueno, bueno, yo le ayudaré en todo cuanto usted quiera.

—Y yo lo manifestaré así en mis artículos.

—Se lo prohibo á usted terminantemente, y si así lo hace, le retiro mi ayuda.

—Se acata, pero no se obedece. Su bondad me salvará.

Y hé aquí de qué modo, y aún á costa de que el Sr. D. Juan me niegue sus *lucres*, he creído deber mio referir á usted todo lo que sucedió entre mi buen maestro y un discípulo que aspira á ser bueno.

Discutimos el plan de mis *Apuntes*; el de autores nos pareció impropio para mi trabajo; el de géneros difícil, y quedamos sujetos al *capricho*, que es el más *caprichoso* de todos los métodos. Autores poco ilustrados, obras desconocidas, paralelos convenientes, comparaciones oportunas y orígenes ignorados, todo esto será lo que dé materia para mis *Apuntes*, que, si Dios me da salud, formarán unos cuantos tomos. Ojalá pesen mucho, aunque abulten tan sólo como un librito de papel de fumar.

Para explicacion basta lo dicho; para mostrarle mi gratitud, deseo que lo que sigue valga algo; pero, aunque fuere malo y poco valiese, no quilate por ello mi afecto y consideracion, que para probarle cuán su admirador y servidor suyo soy, ocasiones se han de presentar, porque, como dice una obra del teatro antiguo que usted conoce mejor que yo, *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.*

Vitoria.—Diciembre del año 1874.

ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

I.

Enriquez frisaba ya en los sesenta años.

Débil de cuerpo, aunque no de espíritu, vacilaba tembloroso por las calles de Amsterdam, y en su mal reprimida exacerbacion notábase la presencia latente de ciertos dolores morales que apesadumbraban su alma y de ciertas tristezas cuyo recuerdo le afligía de cuando en cuando.

Con uno se encontró, cuando discurría por las calles, que debía ser muy su amigo á juzgar por el conocimiento que del tal paciente manifestaba tener y de la pregunta, que prontamente tuvo respuesta.

Así encontrados, entablaron la siguiente conversacion:

—¡Oh, señor Enriquez! Yo ví quemar vuestra estatua en Sevilla.

Y el aludido, que en aquellas circunstancias no podía ser otro que Antonio Enriquez Gomez, contestó prestamente con risa, como dice Adolfo de Castro:

—Allá me las den todas.

—¿Y cómo por acá quien tantos aplausos obtuvo en los más celebrados corrales?

—¡Ay, amigo mio! Bien jóven entré á servir á mi patria, abandonando, en Segovia donde nací, á mi amante padre. No obtuve mala recompensa por mis servicios militares, y una capitania, puesto muy preferido por mí, fué suficiente premio á mis afanes.

—Cuentan que sois tambien caballero de la órden portuguesa de San Miguel, y que esta merced la debeis á Juan IV, nuevo rey de Portugal. Por cierto que no dejan de extrañar que no habiteis y presteis el apoyo de vuestros talentos al rey de la que fué patria de vuestros antepasados.

—Debíala á mi *Triunfo Lusitano*, y por mucho que yo ame á España y Portugal, no volveré, que de ambos países me alejan mis creencias religiosas.

—Pues gran aplauso merecisteis en vuestras mocedades de vuestros compañeros literarios; y á la par que obteníais el primer laurel poético en la ciu-

dad de Cuenca, eran aplaudidos *El Cardenal de Albornoz* y *Fernan Mendez Pinto*, y tomabais parte en la *Fama póstuma á la vida y muerte de Lope de Vega* en 1635.

—Preciso fuéme para ello cambiar mi verdadero nombre Enrique Enriquez de Paz por el de Antonio Enriquez Gomez con que me conocen.

—Todavía hay más: suponen algunos que habeis adoptado el de Fernando de Zárate para escribir las obras dramáticas, en algunas de las cuales defendeis doctrinas bien contrarias á las que abrigais.

—¡Por Abrahan! que esos badulaques me conocen poco y mal. ¿De dónde han sacado los de los índices expurgatorios que yo soy Fernando de Zárate ni que *El Capellan de la Virgen, San Ildefonso* es obra mia? ¿No he dicho bien claramente que las comedias mías son veintidos, y he dado tambien sus títulos? Mis obras dramáticas, que formarán dos volúmenes, son: *El Cardenal de Albornoz* (dos partes), *Engaños para reinar, Diego de Camas, El Capitan Chinchilla, Celos no ofenden al sol, El rayo de Palestina, Las soberbias de Nembrot, A lo que obligan los celos, Lo que pasa en media noche, El Caballero de Gracia, La fuerza del heredero, La casa de Austria en España, El trono de Salomon* (dos partes), *El Sol parado, Contra el amor no hay engaños, La prudente Abigail, A lo que obliga el honor, Amor con vista y cordura, Fernan Mendez Pinto* (dos partes). Por mis opiniones judáicas abandoné España, y bien recibido fui en Francia por mi rey Luis XIII, á quien he servido de consejero y mayordomo, con verdadero amor y respeto. Aquí vivo retirado, entre los de mi secta, y como la muerte se me acerca con paso rápido, no sé si tendré tiempo de rendir el último tributo de gratitud al rey Luis y á las muchas amistades que en Francia tengo.

—¿Y cuándo dareis al público vuestras obras, como lo anunciáis en el prólogo de *Sanson Nazareno* de 1656?

—Mucho me temo que mis ocupaciones lo retrasen y la muerte me lo impida; cuando ésta se acerca, por pronto que sea el pensamiento, suele ser tarda la realizacion.

—Pues que Dios os llame, cuanto más tarde mejor, á su santa morada.

—Lo mismo os deseo, aunque por lo que miro, muy mozo sois para emprender tan pronto el viaje eterno.

—La guadaña que siega, lo mismo corta la yerba fresca que la seca. Soy muy vuestro, señor don Antonio Enriquez Gomez.

—Disponed de mí pronto, porque, si no, la muerte hará inútiles mis ofrecimientos, mi amable desconocido.

Y aquí se separaron.

II.

Á LO QUE OBLIGA EL HONOR.

Dice el Sr. D. José Amador de los Rios en *La Crónica* del 1.º de Julio del año 1857, que «logran en todas las literaturas ciertos ingenios el muy envidiable privilegio de llamar exclusivamente la atención de la crítica, anulando su personalidad y eclipsando su gloria la gloria y la personalidad de aquellos escritores que, ó no alcanzaron tan alta nombradía durante su vida, ó no tuvieron la fortuna de hallar quien los patrocinara en la posteridad por grande que fuere realmente su mérito. Mas, ya sean astros menores, cuyo brillo no ilumina á larga distancia, ya pueda repetirse respecto de sus obras el *habent sua fata libelli*, no por esto debe desconocerse que tienen dichos ingenios, aunque de segunda clase, verdadera significacion en la historia de las letras, resplandeciendo en sus producciones muy excelentes dotes y avalorándolas con frecuencia espontáneas bellezas y flores de extraordinaria fragancia,» y esto puede aplicarse con sin igual oportunidad, á la vez que á otros muchos ingenios, al que es conocido con el nombre de Antonio Enriquez Gomez; así como tambien puede y debe decirse, con el Sr. D. Antonio Gil de Zárate, que «el siglo actual se presenta como gran reparador de obras inmortales que permanecen ocultas bajo montones de escombros ó en sitios ignorados hasta que llega un dia en que la investigacion de atrevidos arqueólogos y laboriosos eruditos las sacan á luz.»

Es, en efecto, Enriquez un poeta de más que mediano mérito, sobre todo como poeta lírico y escritor filosófico, aunque algo amanerado y empapado hasta la médula de los huesos del culteranismo y gongorismo.

Entre sus otras obras dramáticas, las hay de tan diversa índole, que muchas veces se duda que puedan ser del mismo autor.

Á *lo que obliga el honor*, que no es de las peores, es un drama trágico con pretensiones de histórico,—aunque en aquellos tiempos la llamasen *comedia famosa* como á casi todas las producciones dramáticas,—de argumento poco interesante, aún cuando su final sea trágico. Este mismo argumento lo recuerdo en otro drama cuyo título no viene á mi memoria.

Argumento. El Rey D. Alfonso XI conoce el amor que su hijo el Príncipe D. Pedro tiene hácia doña Elvira de Siarte, y para hacerle desaparecer toda esperanza la casa con D. Enrique de Saldaña, imponiendo de este modo la accion del drama. Nada consigue, porque el Príncipe, con una terquedad muy natural en su carácter, la asedia, y D. Enrique llega á convencerse de que su mujer tiene relaciones amorosas con D. Pedro; desesperado y creyén-

dose ultrajado en su honor, concibe el pensamiento de asesinar á doña Elvira, y lo lleva á cabo en una cacería, despenándola. La accion pasa en Sevilla y Sierra-Morena, y en ella toman parte algunos personajes de la corte.

El amor concebido por el Príncipe, á pesar de ser pertinaz y artero, sin nobleza, no es de esos que obligan á remedios tan extremos como el tomado por D. Enrique de Saldaña. Ningun sentimiento grande y noble. Ni la pasion del Príncipe es verdadera, ni mucho ménos está bien pintada. La mitad de la obra se halla sin justificar. Escenas hay de puro lujo, y otras que parecen aisladas y que merecen más meditacion. Sus personajes no merecen el título de caracteres. La dama es débil y combatida. Ni aún el mismo Saldaña, que es exagerado y no muy bello, á pesar de ser el más elevado y sostenido.

En la primera escena parece adivinarse que el móvil que guía al Rey al casar á Saldaña con doña Elvira es el de libertar á su hijo de la pasion que por ésta siente; pero luégo se ve esto á oscuras.

Versos buenos y de conceptos elevados. De los mejores trozos de versificacion son estas quejas de doña Elvira:

Aquí acabó mi esperanza:
 qué horror! qué desasosiego!
 qué pérdida! qué fortuna!
 qué adversidad! qué tormento!
 qué muerte! qué error! qué pena!
 qué castigo! qué desprecio!
 qué dolor! qué pesadumbre!
 y sobre todo, ¡qué fuego
 trajo una palabra sola
 para mí, que en un momento
 alma, corazon y vida,
 majestad, amor, sosiego,
 poder, valor y cordura,
 ser, albedrío y deseo
 arruinó con una accion,
 taló con un casamiento,
 heló con sola una vista
 y abrasó con un desprecio!

Y la contestacion del Príncipe D. Pedro:

Tú con llanto, hermoso dueño?
 quién dió disgusto á tus ojos
 para parecer más bellos?
 quién á tus hermosas niñas,
 conchas lucientes del cielo,
 sacó perlas, á pesar
 de los nácares de adentro?

Simon, que es el gracioso plebeyo, papel escuderial, necesario, indispensable en todas las obras de los ingenios de aquel teatro, tiene una relacion que causaría envidia al más remilgado de nuestros mozalvetes, que á los veinte años pretenden estar can-

sados de las mujeres. Dice á Leonor, doncella de doña Elvira, que pretende llevarle á las horcas matrimoniales:

Porque todas las mujeres
carecen de condicion:
si es altiva, es intratable;
si es necia, es impertinente;
si es hermosa, nada siente;
si es fea, es irremediable;
si es celosa, es atrevida;
si es noble, nadie la agrada;
si es pobre, desconfiada;
si es rica, desvanecida;
si es limpia, muy melindrosa;
si es necia, es un Satanás;
si es soberbia, un Barrabás;
si habla poco, es maliciosa;
si habla mucho, es un molino;
si es liberal, es perdida;
si es avara, mal nacida;
si es loca, es un desatino;
si el marido es algo bueno,
ella luégo es algo mala;
si no hay cada mes su gala,
hay cada dia un veneno.
Si no la quieren, se emperra;
y si la quieren, no quiere;
si no hay paseo, se muere;
y habiéndole, es todo guerra;
la más fina, es más ligera;
la más cuerda, más taimada; (1)
la más sábia, más errada;
la más dócil, más entera.
De modo que es, en rigor,
si lo quieres entender,
para un hombre la mujer,
la ninguna es la mejor...

Y á medida que adelantamos en el exámen de este drama, más nos convencemos de que lo mejor que tiene son los versos, y de éstos no todos, y excluyendo por supuesto dos malos sonetos que el autor pone en boca de D. Enrique y D. Pedro.

Preciosas son algunas de las quintillas de doña María de Padilla:

Enternecióse de suerte,
que con valerse, señor,
de su valor firme y fuerte,
poco á poco la color
iba llamando la muerte.

Los ojos, que recelaban
ser fuentes para vivir,
tan en secreto lloraban,
que acordaron de partir

(1) En una edición del siglo XVII dice:

La más cuerda, es taimada.

Las perlas que adentro estaban (1).

Pero como su dolor
era efecto del penar,
á pesar de su valor
el uno quiso llorar,
y el otro enjugar su honor.

Temerosas se asomaron
por las pestañas dos perlas,
y apénas se descolgaron,
cuando quisieron beberlas
los mismos que las echaron.

Pero, como las seguían
otras, y entrar no podían,
por no darse á conocer,
se quisieron resolver
en el fuego que traían.

Pero, como el llanto hacía
instancia y nunca cesaba,
tanta cantidad venía,
que apénas una acababa
cuando otra luégo salía.

Aún dejamos un buen romance de D. Enrique en la terminacion que es semi-trágica, semi-bufa.

¿A qué el casamiento de Simon y Leonor—nombre demasiado elegante para una doncella?—El mismo autor se contesta:

.....porque la comedia
no acabe sin casamiento.

De todas maneras me parece un pegote.

Hallo innecesario el papel de doña María.

Debo confesar que Simon es de los graciosos más valientes del teatro antiguo; pero se parece á Gilote y Riaño.

III.

Á LO QUE OBLIGAN LOS CELOS.

Esta comedia es de alguna intriga, pero se descubre el enredo, que es muy rebuscado en la escena entre el Rey y Octavio.

La escena pasa en Hungría en una casa del monte y en el palacio real. Básase el enredo en ser desconocidos una madre y su hijo, producto de un enlace inverosímil. El Rey de Hungría es padre de Lisardo, y luégo esposo de la madre de éste. Termina la obra reconociéndose el Rey y Laura, duquesa de Belflor, que es un carácter noble, y deshace el agravio en la dama Anarda, con la cual se casa su hijo Lisardo. Al cabo el título se justifica. Tiene bellas situaciones. La obra es regular.

Después del carácter de Laura, el de Anarda es sostenido, y en su pasión, altiva y celosa. El criado Gilote es el gracioso enredador y cobarde, y tan mal servidor como hablador importuno, que endilga

(1) En la misma edición citada del siglo XVII dice *dentro* en vez de *adentro*, y dos versos después en vez de *efecto*, *afecto*.

á lo Sancho Panza cuentos y anécdotas á pelo y contrapelo; él hace el enredo de la fábula, ó, diciendo mejor, embrolla el argumento con sus mentiras á troche y moche.

La versificación es más dura y rebuscada que la de *A lo que obliga el honor*; tiene, sin embargo, algunas tiradas de versos buenos y otras regulares. En la escena del primer acto, entre Laura y el Rey, los hay buenos en boca de éste. En el segundo, una regular relacion de Gilot.

Hé aquí unos versos tan propios, á pesar de sus recargos, como impropios son los de las quejas de doña Elvira en el drama que anteriormente hemos juzgado. Dice Anarda á Lisardo:

Ah, traidor,
robador de toda el alma,
falso, atrevido, alevoso,
sin nobleza, ni palabra,
mal caballero, villano,
sin honor, honra ni fama;
amante vil, novelero,
sin firmeza, ni constancia,
sin verdad y sin amor,
tirano siempre á mis ansias,
ladron sin piedad ni ley,
crüel, aleve.....

La escena con que termina este acto segundo—jornada—es la más hábil del drama, interesante, animada y viva. No conozco ninguna otra de este género, superior á ella en las obras de Enriquez Gomez. En Tirso de Molina sería la peor.

El tercer acto, que es el mejor y más dramático, tiene movimiento y hay peripecias bien combinadas.

FERMIN HERRAN,

de la Academia cervántica española.

(Continuará.)

PASEOS DE UN BOTANICO.

LA VIÑA.

El viajero á quien las circunstancias obligan á atravesar durante el invierno los campos borgoñones, experimenta un penoso sentimiento de tristeza al aspecto de las laderas grises del país, sobre las cuales suben en líneas regulares los esqueletos negros y disformes de la viña. Por escasa piedad que tenga, cualquiera se conmueve al ver la pobre y querida planta, afligida por la esclavitud del cultivo, retorcer desesperadamente en el aire helado su nudoso tronco y sus brazos delgados, y dejar correr amargas lágrimas por las tijeras del podador. Pero en cuanto el sol acaricia sus secas y

duras ramas, y sonríe la primavera, todo cambia de pronto; un verde amarillento alegra aquellas laderas poco há desoladas, y cada boton, al abrirse al fin de cada rama, produce anchas hojas ó racimos de olorosas flores. Estos floridos racimos serán más tarde racimos de frutos, y, cuando sean cogidos, las laderas, sonriendo con los últimos soles del otoño, se colorearán de tintas calientes, rojas ó doradas, las cuales conservarán hasta que la viña haya dejado caer á sus piés sus postreras hojas.

Estos fértiles campos, de paisajes á cada instante variados, vamos hoy á pasear, por si en ellos encontramos á los dichosos vendimiadores, entonando este año sus más sonoros cantares, pues la recoleccion será abundante y el vino excelente, segun dicen. Así sea.

La viña pertenece á la familia de las *ampelideas*, del vocablo griego *ampelos*, que quiere decir *viña*; y es una planta de tallo sarmentoso, cuya corteza, al envejecer, se hiende y se separa en largos filamentos; sus hojas son anchas y palmeadas. Florece en Junio, y sus flores, de color verdoso, olorosas, y reunidas en racimos, se componen de un calicillo con cinco dientes, una corola con cinco pétalos, soldados entre sí por sus extremos superiores, y saliendo de una sola pieza; cada flor tiene cinco estambres, en el centro de los cuales se encuentra un pistilo globuloso, el cual constituirá la uva, hinchándose y llenándose de un líquido azucarado.

Los pámpanos de su tallo indican que la viña es una planta trepadora, y, con efecto, solamente le son necesarios un punto de apoyo y libertad para adquirir un gran desarrollo. *Los pámpanos*, decía Plinio, *crecen sin cesar*. Sin embargo, pocas veces adquiere, contenida y enfrenada por el cultivo, las colosales dimensiones otras veces por ella alcanzadas cuando libremente crecía en bosques todavía vírgenes, y de las cuales la historia nos ha guardado algunos ejemplos en verdad prodigiosos. La escalera, cuyos peldaños llegaban al techo del templo de Efeso, se componía de una sola cepa. Las columnas del templo de Juno, en Hetaponte, estaban construidas de madera de viña y eran de una sola pieza, y de lo mismo era la gran estatua de Júpiter, existente en tiempo de Plinio en la ciudad de Populonio.

¿A quién debemos el descubrimiento de la viña? A Baco, responde la mitología griega; á Orisis, lo atribuyen los egipcios, y á Noé, segun la Biblia, entre cuyas afirmaciones no es posible decidirse por uno de los tres importantes personajes, por carecer de documentos fehacientes. Lo, al parecer, indudable es que la viña es originaria de los países orientales, y ser los fenicios, aquellos primeros y valientes navegantes, quienes la trasportaron con

ellos en sus viajes y dotaron con ella las islas del Mediterráneo, Grecia, Italia y su colonia de Marsella. Nuestros hermanos los galos no fueron los últimos en hacer de ella el merecido caso, y, por haber probado el buen vino abundantemente recolectado en el Norte de Italia, algunas tribus galas del país de Chartres, Auvernia y Berry, atravesaron los Alpes para establecerse en el país productor del precioso licor. A estos galos oenófilos debemos la útil invención de los toneles, sustitutos de los pellejos antiguamente usados.

La viña se aclimató con rapidez en la Galia, y su cultivo no tardó en extenderse. Julio César encontró cubiertos de magníficas viñas los alrededores de Marsella y Narbona, y los majuelos se habían extendido y multiplicado aún más, cuando en el siglo I de nuestra era tuvieron los romanos el tiránico capricho de hacerlos arrancar todos. Hasta 281 la Galia se halló de nuevo sin un pie de viña; pero en aquella época el emperador Robus concedió á los galos la tan deseada libertad de este cultivo, y hasta empleó en él á sus soldados durante el descanso de la paz. Importáronse cepas de Africa, Italia y Grecia, y poco á poco se plantaron cuantas laderas hubo propias para la viña. La extensión de tal cultivo parece no sin influencia sobre la civilización. Valmont de Bomare nota ingeniosamente que hasta después de la universal multiplicación de la viña no han cesado en sus emigraciones los pueblos de Europa.

Los botánicos enumeran en el género viña una veintena de especies, cuya mitad son originarias del antiguo continente, y las demás han sido traídas de América: el número de variedades es incalculable, pues en Francia solamente se conocen más de doscientas setenta.

Hablar de los productos de la viña es casi ocioso, pues todo el mundo sabe que su fruto, la *uva*, nos da el *vino*, y accesoriamente el *alcohol* y el *vinagre*, sin contar los derivados químicos de uno y otro. Todo el mundo sabe también que la cualidad del vino varía, no solamente según la especie de la vid productora, sino también según la naturaleza del suelo y del clima. Lo que no es tan sabido en general es la extensión del cultivo de la viña en Francia, su producto medio, y el movimiento comercial que produce; vamos, por tanto, á citar algunas cifras.

El cultivo de la viña ocupa en Francia dos millones de hectáreas, produciendo anualmente cuarenta millones de hectolitros de vino, con un valor de quinientos millones de francos. Si á esto se añade que nuestros toneleros fabrican cada año por valor de ochenta millones de francos; que la suma gastada en transportes asciende á treinta millones, y que los derechos sobre los líquidos producen lo ménos ciento veinticinco millones al Estado y

ochenta millones á los ayuntamientos, puede calcularse el movimiento comercial producido por la viña en Francia en más de un millar de millones.

El producto más importante, después del vino, es sin contradicción el alcohol. La manera de prepararlo es tan conocida y parece tan sencilla, que fácilmente cree cualquiera que ha de haber sido conocida desde la más remota antigüedad; y, no obstante, no es así, pues solamente se la conoce desde el siglo XIII, en el cual descubrió el alcohol un médico francés llamado Arnault de Villeneuve, químico ingenioso, hombre sabio para su época, cualidades que no impidieron los anatemas de la facultad de Teología de Paris, por cuyo motivo se vió obligado á abandonar su patria después de haberla dotado con tan gran descubrimiento.

Otros países producen abundantemente vino, y entre ellos los vinos licorosos de España é Italia son celebrados con justicia. Sabemos apreciar con equidad los productos fuertes y aromáticos de las orillas del Rin y de Hungría; pero podemos con derecho enorgullecernos de los vinos franceses, con los cuales ninguno extranjero puede entrar en comparación. Además tenemos para todos los gustos, desde los vinos blancos, secos y claros, hasta el fuerte producido en Auvernia y Rosellon, sin hablar del trasparente *Beaujolais* que brilla en los vasos con destellos de rubí. Pero, sobre todo, tenemos el Burdeos, que calienta á los viejos y cura á los enfermos; el Borgoña, que da al par alegría, fuerza y valor, y hace florecer en las mejillas su fresco bermellon; el Champagne, que hace relampaguear de alegría á los ojos y reír á los labios.

DR. ENRIQUE NAPIAS.

Las últimas novedades poéticas en los Estados Unidos son: *La máscara de Pandora y otras poesías*, por H. W. Longfellow; *La Nave en el Desierto*, por Joaquin Miller; *Neron*, drama histórico, por el escultor, músico, poeta y actor, W. W. Story, y *Pastorales del hogar, baladas y otras composiciones líricas*, por Bayard Taylor.

En San José de Costa-Rica se ha empezado á publicar una Revista trimestral, titulada *La Razon*. La dirige D. José María Aguirre, conocido allí como periodista y poeta.

D. José de Jesús Zubriceta ha presentado en la Exposición de Chile un nuevo sistema de música que elogian los periódicos: la *República* termina así un artículo que le consagra:

«Este solfeo está fundado sobre la escala de *do natural*, y constituye una serie de más de 300 lecciones progresivas, principiando por la más sencilla y terminando con la más complicada, intercalando en él de la manera más sencilla las principales dificultades de la música.»
